

SM
C^a8
193

CRHESTOMATHIE DU PREMIER COURS

DE

LANGUE FRANÇAISE

DE LA

MÉTHODE

LA GRAMMAIRE

DE

Juan Galicia Ayala

Profesor Mercantil y Catedrático Titular

EN

INSTITUTO DE 2.^a ENSEÑANZA



MAHÓN

Establecimiento tipográfico de B. Fábregues

Impresor de la Real Casa

1898



1057221
SM C^a8 193

SM
Cag
193

CHRESTOMATHIE DU PREMIER COURS

DE

LANGUE FRANÇAISE

DE LA

MÉTHODE

MAHONNAISE

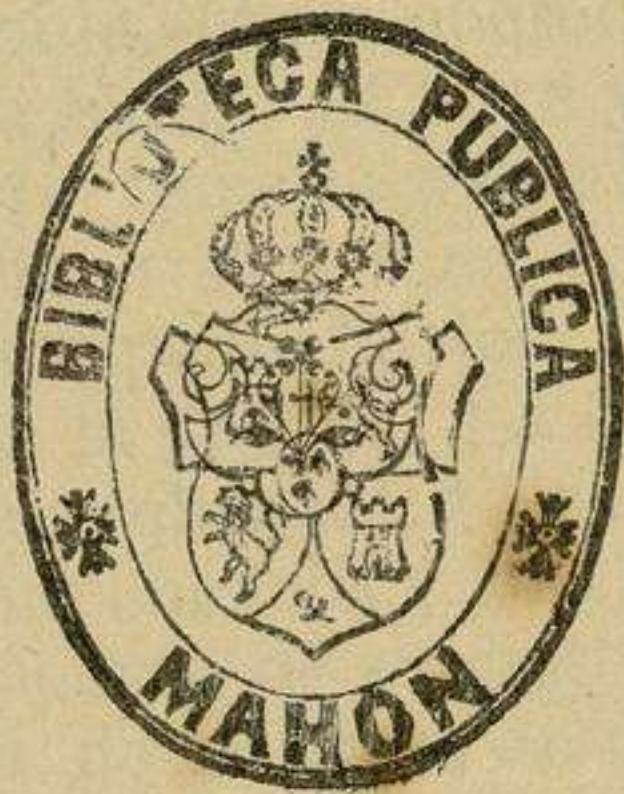
DE

Juan Galicia Ayala

Profesor Mercantil y Catedrático Titular

EN

INSTITUTO DE 2.^a ENSEÑANZA



MAHÓN

Establecimiento tipográfico de B. Fábregues

Impresor de la Real Casa

1898

B-1.009A

Amigo
Distinguido
Sr. Miguel Romera
Dedica este recuerdo
Juan Galina Ayala



MAHÓN
Establecimiento tipográfico de B. Fabregues
Impresor de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid
1898

SEGUNDA PARTE

LECCIÓN XI. (1)

La leña produce la llama; la llama calienta nuestros miembros entumecidos. La leña de encina, del ojaranzo, del olmo, del álamo y de la haya es muy buena. Una buena acción siempre tiene su recompensa. Hemos establecido nuestro domicilio en París. La Francia fabrica ricas telas de seda, de lana y de algodón. Antonio ha guardado para con sus amigos una fidelidad inviolable á toda prueba. El rio estaba bordeado de sauces. Un pantano es un terreno húmedo y fangoso. El caballo árabe es ágil y muy útil á su amo. La medicina enseña los medios de conservar la salud y de tratar á los enfermos. La sobriedad es un preservativo contra las enfermedades. Aurora comparte sus bienes con los pobres. Los pobres son nuestros amigos; debemos socorrerlos. Honrad á vuestros padres; ellos han cuidado de vuestra infancia y os aman tiernamente. El asno es muy útil á los habitantes del campo, le gustan los cardos; los cardos producen hojas espinosas. Se levantó una tempestad mezclada de granizo, de relámpagos y de truenos. La ciruela, el melocotón, el albaricoque y la aceituna son frutas con hueso. El tigre y el mono son notables por su agilidad. El tigre tiene la piel *aleonada* y rayada en bandas. La semana tiene siete días. La gallina busca la comida para sus pollos ó sus pequeñuelos. Los *pollitos* buscan un refugio bajo el ala de la gallina. La loba es la hembra del lobo, ambos defienden sus lobeznos. El camino de la virtud es el del cielo. El chivo tiene cuernos y una larga barba. Aurelio vertía lágrimas al recuerdo de su patria, de sus amigos y de sus hijos. El agua caía de cascada en cascada en un gran estanque. La mar estaba en calma, el cielo puro y subimos al navío, de repente se desencadenó una tempestad y el barco naufragó. Los dátiles son el fruto del palmero.

(1) Las diez primeras lecciones corresponden á la primera parte de este Método.

LECCIÓN XII.

El pastor defiende las ovejas y los carneros de los ataques de los lobos. Un gallo, buscando que comer, encontró una perla; él hubiera querido mejor encontrar un grano de trigo. Los prados, los bosques y los campos pierden su verdura cuando llega el invierno. Las disputas enjendran la discordia y el odio. Practicad la virtud y sereis dichoso. La lira, la guitarra, el harpa, la mandolina, el violin, el clavecin son instrumentos de cuerda. Las cuerdas se hacen con cáñamo, con lana, con crines, con juncos, con cortezas de árboles y otras materias flexibles. Las fortunas repentinas raramente son duraderas. El oro, la plata, el cobre, el bronce y el hierro son metales. Las grandezas de este mundo son bienes frágiles. El astro llamado planeta refleja la luz del sol. Ha helado atrocemente. El platino es un metal más pesado que el oro. El fruto llamado granada encierra un gran número de granos encarnados formando grupos, separados por una telilla ó membrana vegetal. Hay granadas dulces y granadas agrias. Los pastores tocaban la flauta á la sombra de un olmo. La arena cubre las orillas del mar. La limosna nos abre las puertas del Cielo. La presencia de mi amigo es un bálsamo que calma todos mis dolores. Los soldados se levantaron á la aurora y después de haber dirigido un ruego á Dios, atacaron al enemigo con audacia y valor. La aurora precede á la salida del sol. Una falta ligera llega á ser más grave cuando se repite. El *origen* de un rio es el lugar donde empieza á salir (á manar) el agua de la tierra para continuar su curso. El vinagre es vino ágrío. El plumage del cuervo es negro. *Una corona* es frecuentemente una carga pesada. El martillo bate el yerro que está colocado en el yunque. Un ramo es una ramita de un árbol. Una cortina es un trozo de tela al que se unen anillas para introducirlas una barrilla.

LECCIÓN XIII.

El águila agitaba en los aires sus grandes alas; las águilas hacen siempre su *morada*, ó su nido, en el mismo sitio. Bárbara tenía por alimento *laticinios* y por bebida agua fresca de una fuente. El año se compone de cincuenta y dos semanas.

La memoria conserva y despierta los recuerdos. Los ángeles rodean el trono de Dios. San Miguel es el santo tutelar de Francia. Mi tia ha sido para mí una segunda madre; ha dirigido mi infancia con la más tierna solicitud. Nosotros somos amigos desde la infancia. *Testimoniad* vuestra gratitud á vuestros bienhechores, la ingratitude es un gran vicio. El *palo* de la lanza se quebró y la lanza quedó dentro de la herida. Entre los antiguos la lanza, la espada y la javelina eran armas ofensivas; es decir, para el ataque. El escudo, el casco y la coraza eran armas defensivas. Los Judíos, acostumbraban, en otros tiempos, á cubrirse de ceniza para *dar testimonio* de gran dolor ó de profundo arrepentimiento. La uva es el fruto de la viña. El conejo tiene las orejas largas como la liebre. El pichon se alimenta con granos. El trigo, la cebada, el centeno y la avena son granos. La Fé, la Esperanza y la Caridad son las tres virtudes teologales. Las hermanas de caridad se dedican al alivio de los pobres y de los enfermos. La encina es un gran árbol, que dá un pequeño fruto llamado bellota. La cabra es viva, caprichosa y vagabunda. Él era digno del amor de su pueblo. La vaca es un animal doméstico. La azada es una herramienta de jardinería. Los *leños* de encina son buscados para la *calefacción*. Las abejas hacen la cera y la miel en los *colmenares*. El plumage del cisne es notable por su blancura. Prefiero la vida del campo á la de la ciudad. La cierva es la hembra del ciervo. La tórtola gime cuando ha perdido su *pareja*. Las palabras son los signos de las ideas.

LECCIÓN XIV.

La buena cualidad de los alimentos es necesaria para la salud. El Norte, el Este, el Oeste y el Sur son los cuatro puntos cardinales. La Academia francesa se compone de cuarenta *individuos*. Treinta y diez suman cuarenta. Él fué el guía y el protector de mi juventud. Una joven no tiene mejor guía que su madre. Un gran dogo, de labios gruesos y mirada feroz, guardaba el corral. El higo es un fruto blando y azucarado. La calidad de las cosas es amenudo preferible á la cantidad. El número veinte es quintuplo de cuatro, es decir, que vale cinco veces cuatro. El ladrillo es una tierra arcillosa de color rojo, amasada y secada al sol, ó cocida al fuego. Una luz demasiado viva cansa la vista. Nosotros hemos soportado

bien las fatigas de una larga *caminata*. La música es un estudio agradable. Una buena acción lleva consigo la recompensa, que es el placer de haber hecho bien. La educación de la juventud ha sido considerada siempre como una de las ocupaciones más importantes; porque una buena educación es un verdadero tesoro. La emulación aumenta el ardor para el estudio y nos conduce, además, á imitar las grandes acciones. Escuchad con toda vuestra atención la conversación de los hombres virtuosos é instruidos, y siempre recogeréis algún fruto. Carlos ha estudiado las leyes, las costumbres y el gobierno de las naciones extranjeras. La invención de la imprenta ha hecho grandes progresos en la instrucción. Cristina da anualmente una porción de sus rentas á los pobres. El bosque estaba tan espeso que era impenetrable á los rayos del sol. En todos los negocios de la vida, no es suficiente que el fin sea bueno; es preciso además que los medios sean justos. El viaje al rededor del mundo ha sido efectuado por tierra y por mar por hombres hábiles. Hay lapiceros para dibujar negros, encarnados, blancos y azules. Se dice que el viento barre la llanura, cuando *levanta y arrastra* torbellinos de polvo recorriendo una llanura.

LECCIÓN XV.

Ejercicio de lectura graduada

Las joyas de la corona son las que la pertenecen; se llaman joyas los ornamentos de oro, plata, perlas y toda clase de piedras preciosas que se sirven de adorno.

Las colmenas de abejas son la imagen de una pequeña república donde reina el orden y el trabajo.

El caracol vive dentro de su concha; por todas partes lleva consigo su casa.

En la orilla del mar se encuentra toda clase de conchas. La mayor parte de los gusanos roen las hojas y las flores de las plantas y de los árboles; se encierran en un capullo antes de cambiarse en mariposa. La dura envoltura que cubre el *dorso* de la tortuga, se llama concha. Un abanico es un *mueblecito* compuesto de varillas ligeras que se repliegan las unas sobre las otras. El recuerdo de su patria y de su familia *hacia*

verter lágrimas al pobre desterrado. La plata recubierta con una capa de oro, se llama plata sobredorada. El arrendamiento es un contrato por el que se cede el disfrute de una cosa por un precio y por un tiempo. Mañana por la mañana firmaremos *el arrendamiento de los ganados*.

El *ganado mayor* comprende: el buey, el caballo y el asno; el *ganado menor* comprende: el cerdo, la cabra y el carnero.

La codorniz es un ave de pluma *grisienta*. La anguila es un pescado de agua dulce que tiene la forma de una serpiente. La corneja es un ave más pequeña que el cuervo y negra como él.

Se llama comerciante al por menor al que vende la mercancía, con la que hace negocio, á más pequeñas medidas y á más pequeños pesos que la compra; al que la corta y la divide para hacer la venta. Vimos desde lejos una gran pradera cubierta con el esmalte de las flores. La hoz es un instrumento de acero que que sirve para cortar las *mieses* de las plantas cereales para la recolección de los granos. La manzanilla es una planta olorosa cuyas cabezas floridas se emplean como medicina.

Se ponen espantajos en los cerezos para espantar á los pájaros é impedir que vayan á comerse el fruto. Una *cutita* es un tonel para el vino ó para la sidra. He ahí una *simpática* niña muy obediente y aplicada en sus deberes. Se llama timon á un aparato colocado en la popa de un navío y que sirve para dirigirle.

Trabaja y serás dichoso y obtendrás las bendiciones del Cielo. El trabajo *conserva* la salud y desenvuelve la inteligencia, al propio tiempo es un dulce consuelo en la *azarosa vida*.

LECCIÓN XVI.

La mies

La tempestad se ha pasado; ya no truena ni relampaguea. El calor es menos fuerte. El cielo está puro, el aire es fresco. ¡Qué bien huelen las flores! Los árboles, las plantas, los céspedes, todo está fresco, todo está verde. Vamos á la campiña para ver si el trigo está maduro. Sí; el trigo está maduro. He ahí los segadores, con sus hoces siegan el trigo. He aquí un

grano de trigo; he ahí una espiga; la caña, en la que se eleva la espiga, da la paja. Este hacecito de trigo cortado se llama una gabilla. Cuando el trigo está seco, se le lleva á la granja para *trillarle*, después se le lleva al molino para molerle y convertirle en harina. Con la harina se hace el pan y toda clase de pasteles.

Allí hay mozuelos que recogen espigas; ellos están respigando. He ahí también un pobre viejo que está respigando; es muy viejo verdaderamente. Sus cabellos están blancos, sus manos temblorosas. Es demasiado viejo para trabajar; pero sería muy vergonzoso para él ser un perezoso.

Ha andado mucho para venir á recoger algunas espigas de trigo; se ha cansado mucho andando por las tierras y agachándose continuamente. Mirad, ha dejado caer una de sus gabillas de trigo. Recógesela y llévasela. Habla con dulzura al pobre viejo. Ahora recoge algunas espigas y llévaselas. Eso le ayudará para hacerse un poco de pan.

Utilidad de las plantas

Sería preciso muchísimas páginas para describir la utilidad de las plantas. Las plantas tales como el trigo, el arroz, la patata, y una multitud de otras, sirven de alimento al hombre. Las plantas alimentan también á los animales, tales como el buey, el carnero, y otros muchos que á su vez deben servir de alimento al hombre.

El cáñamo y el lino que sirven para hacer el lienzo, y el algodón, con el que se fabrican tisús tan variados, son también producto de las plantas. Estos tejidos se emplean en vestidos y para muchos usos domésticos. Las plantas nos dan también la mayor parte de los remedios que se emplean para las enfermedades, tales son: el malvabisco, la manzanilla, el recino, y otras muchas que sería demasiado largo enumerar. Las plantas nos dan, además, colores variados para las tintorerías; tales son: la rubia, la gualda, el añil.

Los árboles proporcionan al hombre leña para calentarse ó para construir barcos, casas y toda clase de muebles útiles.

En fin, entre esta inmensa variedad de plantas, que Dios ha extendido sobre la tierra, las unas con su follage nos preservan de los rayos del sol, las otras encantan nuestra vista con la belleza de las flores que se abren en su tallo.

LECCIÓN XVII.

El algodón, el cáñamo y el lino

El árbol que produce el algodón, llamado algodouero, se cria en las comarcas de Levante y en los países más cálidos de las Indias Orientales; también se le cultiva en Africa, en América y hasta en el mediodía de Europa. Los granos del algodouero están cubiertos de un bello particular, de una blancura incomparable; este bello es el algodón. Después de haber sido recolectado y limpiado, el algodón se convierte en hilos que sirven para fabricar una multitud de telas muy buenas, que resultan á precios sumamente económicos, porque se ha conseguido trabajarlas con una grande economía, por medio de máquinas muy ingeniosas. La muselina, el percal, el madapolam, el mahón, y las indianas son tejidos ó telas de algodón; con el algodón se han hecho numerosos artículos de bonetería, igualmente que las mechas ó torcidas para las lámparas y toda clase de velas.

El cáñamo y el lino son dos plantas que se cultivan en un gran número de países, no solamente por el grano que producen, del cual se extrae aceite, sinó, además, y sobre todo, por la hilaza encerrada en su caña ó tallo. Esta hilaza cuando ha sido convenientemente preparada y convertida en hebras, sirve para hacer lienzos de toda clase, encages ó puntillas, cordelería, etc. etc.

El moral y los gusanos de seda

El moral es originario de la China, es un árbol precioso, cuyas hojas sirven de alimento al gusano que produce la seda. El cultivo de este árbol es una fuente de riquezas para las comarcas donde se produce, y donde su follage puede emplearse con éxito para criar gusanos de seda.

Hay muy pocos niños que no tengan gusto en cultivar algunos gusanos de seda, para admirar el trabajo de estos débiles insectos. ¿No es una cosa maravillosa ver á esta oruga, que generalmente se llama gusano de seda, salir de un huevecito parecido á un grano de mijo, cambiar sucesivamente cuatro veces de piel, á medida que crece, después encerrarse en

un capullo ovalado, que él mismo se hila, y no emplear más que tres ó cuatro días en construir esta morada? ¿No es también una cosa encantadora ver á este insecto, que ha sufrido una nueva metamórfosis, oradar su capullo, al cabo de veinte días, y salir convertido en mariposa?

En la China y en la India el cultivo de los gusanos de seda se hace sobre los morales, *al aire libre*; pero en Europa se les cultiva y se les alimenta en habitaciones ó recintos especiales llamados *mañanerías*. El hilo de seda que produce un solo capullo tiene, con frecuencia, más de trescientos metros de longitud. La seda, después de haber sufrido ciertas preparaciones, sirve para fabricar una multitud de telas diversas; entre otras el terciopelo, el raso y el peluche ó felpa.

LECCIÓN XVIII.

Los nidos de los pájaros

Qué admirable sabiduría ha *marcado* á las aves la manera especial de hacer sus nidos? Quién les ha dicho cómo era preciso construirlos? Qué arquitecto les ha enseñado á elegir el sitio más conveniente y á edificar sobre una *base sólida*?

Qué madre tierna les ha aconsejado que cubran el fondo con materias blandas y delicadas, tales como el vello y el algodón? Y, cuando estas materias les faltan, quién les ha sugerido esa ingeniosa caridad que les conduce á arrancarse con el pico del estómago tantas plumas como necesitan para preparar una cuna cómoda á sus hijos?

Quién ha *indicado* á la golondrina, la más mañosa de todas las aves, que se aproxime al hombre y que escoja su casa para edificar en ella su nido? Este no es como el de las demás aves, de ramitas y de heno. La golondrina emplea cemento y mortero, y construye de una manera tan sólida que se necesita una especie de esfuerzo para derribar su obra. Y, sin embargo, no tiene más *herramientas* que su pico. No tiene nada con que sacar el agua; no puede mojar más que su estómago, teniendo sus alas elevadas.

Quién ha hecho comprender á las aves que debían hacer empollar sus huevos cubriéndolos? Quién las ha enseñado el

cuidado que deben tener de sus hijos, hasta que estén criados? Dios es el autor de todas esas maravillas.

Las abejas

La sabiduría y la previsión de Dios son admirables, tanto en las pequeñas como en las grandes cosas. Ved lo que hace la abeja. No se contenta con chupar la miel que encuentra en las flores y con alimentarse con ella día por día, sinó que hace provisión para todo el año, y principalmente para el invierno. *La abeja* carga con todo lo que puede llevar en las pequeñas garras de que sus patas están provistas; pero evitando siempre *enligar* sus alas, de las que tiene necesidad para volar de aquí para allá y para volver á su *colmenar*.

Si no se ha tenido cuidado de prepararla una colmena, ella misma se *la prepara* en el hueco de un árbol ó de una roca. Allí hace la separación de la cera, que cae mezclada con la miel. Compone con esta cera celditas que deben servir de recipientes.

La abeja introduce en estos receptáculos la miel pura y sin mezcla; y aunque la abundancia sea tanta que sus almacenes los vea llenos, no descansa más que cuando la época del trabajo y de la recolección se ha pasado.

En esta república no se conoce ni la pereza, ni la avaricia, ni el amor propio. Se puede atribuir á la casualidad tan admirable sabiduría? No es en estas imágenes donde Dios ha tenido placer en manifestar su bondad y su previsión infinitas?

LECCIÓN XIX.

Las hormigas

Dios ha puesto en un animalito llamado hormiga, una industria tan maravillosa como en la abeja. Este animalito *presiente* que el trigo maduro no está mucho tiempo expuesto en el campo. De modo que, mientras dura la recolección, la hormiga no duerme. Arrastra, con las pequeñas garras que tiene en la cabeza, granos que pesan tres veces más que ella y avanza como puede, hacia atrás. Algunas veces encuentra en

el camino alguna amiga que la presta ayuda, pero no lo esperaba.

El granero donde todo debe ser llevado es público. Este granero está compuesto de varios departamentos que se comunican entre sí por galerías tan profundas que las lluvias y las nieves no penetran hasta sus bóvedas. Los subterráneos hechos por la mano de los hombres, las ciudadelas edificadas por el hombre son invenciones menos perfectas que las viviendas de las hormigas, llamadas hormigueros.

Cuando los graneros están llenos, se empieza á poner en seguridad el grano, royéndole por los dos extremos para impedir que germine.

¿Es posible, en todo esto, desconocer la mano de Dios? Escuchad también lo que dice la Santa Escritura • *Ved á la hormiga, considerad su conducta y aprended de ella á ser juiciosos, puesto que, no teniendo ni amo ni jefe, almacena durante la recolección con qué alimentarse todo el año.*

El año, los meses y los días

El sol parece girar diariamente al rededor de la tierra; pero realmente la tierra es quien gira. Además de su movimiento diario, el sol parece marchar hácia Levante y hacer así la vuelta del mundo en un año; pero realmente la tierra es quien gira. De modo que la tierra, que sabemos es de forma redonda y que está suspendida en el espacio, como todos los astros que Dios ha creado, tiene dos movimientos: uno de rotación sobre sí misma que se verifica en 24 horas, lo que produce el día y la noche, y otro de traslación alrededor del sol, que se verifica en 365 días y algunas horas lo que dá el año.

El año común se compone de 365 días; pero cada 4 años, hay uno que tiene 366 días, y se llama bisiesto.

El año se divide en doce meses que son: enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre. Los nombres de los cuatro últimos meses tienen su *origen* en las palabras: siete, ocho, nueve y diez, porque el año empezaba en otros tiempos por el mes de marzo y septiembre era el séptimo mes del año. Los meses son alternativamente de treinta y de treinta y un días, excepto los meses consecutivos julio y agosto que tienen treinta

y un día y el mes de febrero que tiene 28 en los años comunes y 29 en los bisiestos.

El año tiene 52 semanas. La semana se compone de siete días, que son: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo. La palabra domingo, significa día dominical ó del Señor. El domingo es día de descanso, los demás días son días de trabajo.

LECCIÓN XX.

Los animales domésticos

• Se llama animales domésticos á todas las bestias de servicio que están destinadas á obedecer al hombre, á aliviarle en sus trabajos, á suplir lo que falta á sus fuerzas, á suministrarle vestidos y alimentarle.

Dios, cuya bondad es infinita, ha preparado así al hombre criados obedientes para compartir con él su trabajo, y hasta para dispensarle de lo que hay de más penoso. Él ha mandado á animales de una gran fuerza que no hagan uso de ella más que para el hombre, que no se acuerden de su corpulencia más que para servir al hombre, que acepten su yugo sin resistencia, que tengan más cariño á su casa que á su libertad, y que respeten la voz de un niño que tenga orden de conducirlos.

Utilidad de los animales domésticos

La previsión y la bondad de Dios se manifiestan en los animales domésticos. Él mismo se ha encargado del alimento de estos animales, y *ha dispuesto* que se pueda encontrar por todas partes. La yerba verde ó seca es suficiente, no solamente para mantener sus fuerzas, sinó para suministrarles, dos veces al día, un manantial de leche que pueda mantener á una familia entera, á falta de otro alimento.

Los animales domésticos ofrecen además al hombre con qué vestirse. La lana que les *cubre* es para el hombre; lo superfluo para los animales, es lo necesario para el hombre; y si el hombre no los aliviase, quitándolos en verano uno de los

dos vellonos, pues como con uno tienen bastante y ceden el otro al hombre, sufrirían un excesivo calor. Así es como las ovejas cumplen el precepto del Evangelio, al conservar un vellon para sí, y dando el otro.

LECCIÓN XXI.

El espectáculo del Universo

El espectáculo del mundo es admirable, y el mundo es la obra de Dios. Dios es quién ha creado todas las cosas; ha creado el sol que es la antorcha de los días; la luna que es la antorcha de las noches; las estrellas que brillan en el firmamento. Él ha creado al hombre y á todos los animales que están sobre la tierra; los cuadrúpedos, las aves, los insectos con sus formas variadas. Las montañas, los valles, los mares, los rios, los bosques con sus grandes árboles; las plantas y los arbustos son también la obra de Dios. El Universo es como un gran templo, y este templo es la morada de Dios.

El Universo celebra la gloria de Dios. El esplendor del cielo y de los astros, la desigualdad de los días y de las noches, la variedad infinita de los animales, de los árboles, de las plantas y de las flores; el verde *ropage* de las praderas, la profundidad de los mares, la altura de las montañas todo testifica el poder del Creador. La estrella que brilla sobre nuestras cabezas, la nube que recorre los aires, el viento que sopla, el leon que ruge, el pájaro que canta, el insecto que zumba, todo en el Universo anuncia la gloria del Creador. Dios está en todas partes, es inmenso, infinito, todopoderoso y todas sus obras son admirables.

La Providencia divina

Dios es semejante á un buen padre; su bondad iguala á su poder y alcanza á todos los seres que ha creado. Su previsión *resalta* por todas partes; tiene cuidado de todo lo que existe; de los insectos, de los pájaros, de los animales y del hombre. El hombre es querido de su Creador, y todas las partes de este vasto universo están destinadas para uso del hombre.

Dios nos ha dado el aire que respiramos, tan necesario á

la vida; el fuego que sirve para calentarnos y para cocer nuestros alimentos; el agua que es necesaria no solamente para los hombres y los animales, sinó además para las plantas y para las tierras. Nos ha dado el trigo que sirve para hacer el pan, la viña que nos proporciona las uvas y el vino, y, en fin, los frutos de los árboles y de la tierra que sirven, no solamente para los hombres, sinó también para los animales.

La Providencia es inagotable en sus beneficios, Ella ha ordenado á la tierra que produzca todos los bienes necesarios á la vida; y, la tierra, á semejanza de una excelente madre, da todos sus bienes en abundancia; es una nodriza que no se agota jamás. De su seno se saca el oro, la plata, el hierro, todos los metales preciosos que sirven para los usos de la vida, todos los metales útiles con los que se hacen los instrumentos de labranza; de suerte que la tierra da, no solamente sus frutos, sinó además las herramientas que sirven para hacérselos producir.

LECCIÓN XXII.

Los árboles, las plantas y los animales

La tierra siempre es bella, ofrece un espectáculo siempre nuevo. Aquí *hay* bosques con sus grandes árboles, tales como la encina, el olmo, el haya; allí praderas esmaltadas de flores. Aquí vergeles donde los frutos están suspendidos á las ramas de los árboles, tales son: las manzanas, las peras, las ciruelas, los melocotones, los albaricoques. Allí *vemos* jardines donde brillan todas las flores; la rosa, reina de las flores, el tulipan, con sus brillantes colores, y la humilde violeta, mensajera de la primavera. Más lejos, las llanuras están cubiertas de ricas mieses, de espigas doradas; los rios y riachuelos *surcan* á través de las llanuras y de los valles y fertilizan las campiñas. La sombra de los árboles nos *libra* de los ardores del sol; las plantas nos suministran alimentos ó remedios, las flores nos dan suaves perfumes.

Los animales no son menos útiles; el buey *tira* del arado que traza los surcos en la tierra, la vaca dá leche en abundancia; el perro fiel, guarda nuestras casas; el caballo es útil para los trabajos del campo y para la guerra.

La lana de las ovejas, las pieles de las bestias salvages suministran vestidos al hombre para protegerle contra el frio y contra la lluvia.

De modo que Dios ha hecho la tierra para el hombre.

El hombre

El hombre es la más hermosa obra del Creador; es el rey de los animales; es, como la imágen de Dios.

Todo indica en el hombre su superioridad sobre todos los seres vivientes. Los demás animales andan encorbados hácia la tierra; el hombre se sostiene derecho y elevado; su cabeza mira al cielo y presenta una faz augusta, sobre la cual está impreso el carácter de su dignidad. El alma del hombre es como una parcela de la divinidad, y su rostro es la imágen de su alma. *El andar* del hombre es majestuoso, *seguro* y *atrevido*, su exterior es noble.

La estructura del cuerpo humano es admirable. Las manos son como los ministros del cuerpo, siempre prontas á ejecutar su voluntad; los ojos, dotados de una gran penetración y de extrema vivacidad, son el instrumento de la vista, como las orejas son el instrumento del oido y las narices son el instrumento del olfato; los pies son sólidos y de una conformación propia para soportar el peso del cuerpo; *la garganta* es flexible y ha sido destinada á ser el instrumento de la voz; la lengua es flexible, es el órgano de la palabra.

Así se reconoce en la estructura del cuerpo humano la mano todopoderosa que ha creado, además, tantas maravillas en el Universo. Pero Dios ha dado al hombre la palabra y la razón que le distingue de todos los animales; le ha dado, además, un alma capaz de conocerle y de amarle, un alma divina é inmortal.

LECCIÓN XXIII.

El aire

La tierra que habitamos está envuelta por todas partes de una inmensa capa de aire que se llama atmósfera. Este aire

es un fluido tan puro, tan sutil y tan transparente que, los rayos de los astros, situados á una distancia casi infinita de nosotros, la traspasan completamente sin esfuerzo y en un solo instante para venir á iluminarnos. Vivimos sumergidos en abismos de aire, como los peces viven sumergidos en abismos de agua. El aire es indispensable, no solamente para la vida de los hombres y de los animales, sinó también para la de las plantas. Sin el aire nos sería imposible el hacer fuego; el aire es quien sostiene y alimenta la llama de la leña que quemamos para calentarnos ó para cocer nuestros alimentos.

El color brillante del cielo, ese hermoso color azul que encanta nuestra vista, es una prueba de la profundidad del aire, como el color del Océano es una prueba de la profundidad del agua.

El viento no es otra cosa que el aire puesto en movimiento, por una causa cualquiera. El viento es quien hace girar las aspas de esos molinos que se llaman molinos de viento. El viento es quien hincha las velas de los barcos y los empuja á través de la inmensa extensión de los mares. Cuando el viento no recorre más que dos metros por segundo, ú ocho kilómetros por hora, es moderado; pero es violento cuando recorre diez metros por segundo ó próximamente treinta y cinco kilómetros por hora.

El agua

El agua es un objeto de primera necesidad para los hombres y para los animales; es también tan necesaria para las plantas que mueren bien pronto, si carecen de ella. El agua pura es la mejor, la más sana de todas las bebidas; sirve, además, para una multitud de usos domésticos. Aquí las aguas son dulces para apagar la sed de los hombres y de los animales; allí tienen una sal que la industria de los hombres sabe sacar, y que sirve para sazonar y conservar nuestros alimentos.

El agua se evapora constantemente de los inmensos recipientes donde Dios la ha colocado; de los mares, de los lagos, de los rios y riachuelos: se eleva en los aires convertida en vapores, y en seguida cae del alto de los aires, convertida en lluvia para regar y fertilizar los campos. ¿Veis esas nubes que vuelan como en las alas de los vientos? Si cayesen de repente

convertidas en gruesas columnas de agua, rápidas como torrentes, todo lo sumergirían y lo destruirían en el sitio de su caída, y el resto de las tierras quedaría árido. Qué mano las tiene en esos recipientes suspendidos que no las permite caer más que gota á gota, como si destilasen por una *regadera*? De dónde proviene que en ciertos países cálidos, donde no llueve casi nunca, los rocios de la noche son tan abundantes que suplen la falta de la lluvia, y que en otros países, tales como las riberas del Nilo y del Gange, la inundación regular de los rios, en ciertas estaciones, provée *casi con exactitud* á las necesidades de los pueblos para regar sus tierras? Reconozcamos en estos signos los beneficios de una Providencia que gobierna el mundo.

El fuego

El fuego es, como el agua, uno de los beneficios más preciosos que la Providencia divina ha concedido á los hombres. Si los hombres estuviesen privados del fuego, no podrían cocer sus alimentos, les costaría mucho trabajo el sustraerse á las influencias del frio; sobre todo en las comarcas en que son muy largos y muy rigurosos los inviernos. Con el empleo del fuego se consigue fundir los más duros metales, con el fuego se les forja para amoldarlos á una multitud de usos y hacer los instrumentos más útiles y los más variados.

El fuego existe naturalmente en las entrañas de la tierra, de donde se escapa por las aberturas de ciertas montañas que se llaman volcanes. El hombre sabe producir el fuego por medios artificiales. Puede uno procurarse fuego *chocando* con un pedazo de acero sobre un *guijarro*, llamado comunmente *pedernal*: Al chocar el trozo de acero con el pedernal enseguida se ven salir chispas, producidas por el golpe, que arden en el aire; estas chispas al caer sobre un trozo de yezca, le inflaman, (ó encienden).

Una vez encendida la yezca, se aproxima una *pajuela* ó mecha azufrada á la que se comunica el fuego. Además, puede uno proporcionarse fuego, y más prontamente, con el empleo de las cerillas llamadas químicas; uno de los extremos de estas cerillas está cubierto con una composición química, á la que un simple frotamiento es suficiente para que se inflame.

LECCIÓN XXIV.

Amad á vuestros padres

Vuestros padres os aman muy tiernamente, han tenido cuidado de vosotros desde que habeis nacido. Os han amado y os han cuidado desde que érais unos pobres y pequeños niños, tan débiles que no podiais ni hablar ni andar.

¿Quién es tan bueno para vosotros como vuestros padres? Quién os ha enseñado cuanto sabeis? Quién os ha dado alimentos, ropas para que os vistais, lechos bien calientes para dormir durante la noche? Quién está tan contento cuando estais alegres y tan triste cuando teneis penas? Cuando estais enfermos, cuando sentis dolor, quién tiene piedad de vosotros, quién os vela y quién os cuida con ternura? Quién ruega á Dios para que os dé salud, fuerza y todo lo que es bueno?

Obedeced siempre á vuestros padres; ellos saben mejor que vosotros todo lo que os es útil; desean que seais buenos, juiciosos y dichosos. Si vuestros padres están enfermos ó en la *aflicción*, haced cuanto dependa de vosotros para aliviarlos. Si están en la pobreza trabajad con ánimo para que podais socorrerlos. Acordaos de todo lo que hicieron por vosotros y de todo lo que por vosotros han sufrido.

No mintais jamás

Cuando contais lo que habeis visto ú oído, decidlo exactamente como es. No altereis vuestra narración, ni inventeis, por hacer, como podríais creerlo, una historia más bonita. Si habeis olvidado alguna cosa, decid que la habeis olvidado.

Al que le gusta la verdad, jamás dice una mentira, ni aún *en broma*. Reflexionad bien antes de hacer una promesa. Si prometeis hacer alguna cosa y no la haceis; mentis. Quien entonces os creerá y se fiará de vosotros? No se cree ni se fia uno más que de los que cumplen sus promesas y dicen la verdad. Cuando hayais cometido alguna falta ó alguna negligencia; no la oculteis. Si estais incomodado de lo que habeis hecho, ú prometeis de no volverlo á hacer, se estará dispuesto á perdonaros. Se creerá cuanto digais, cuando uno esté persuadido que no diríais una mentira, ni aún por ocultar una falta

ó para evitar un castigo. Es verdaderamente una locura el mentir, porque más pronto á más tarde se descubre y nos enagenamos el ódio y el desprecio (ó nos hacemos odiar y despreciar).

Dios mismo ha dicho: no hay necesidad de mentir, que detesta á los mentirosos y que los castigará.

LECCIÓN XXV.

No hagais mal á nadie, ni aún á los animales

No os recreéis jamás en hacer mal, sea á quién fuere, ni aún á los animales. Matamos gran número de estos, porque tenemos necesidad de su carne para alimentarnos. Se mata otro gran número porque nos serían dañosos, si los dejásemos vivir. Pero, yo no sé porqué, algunos *mocetes* se divierten matando moscas, arrancándoles las patas ó las alas, en coger mariposas para aplastarlas en seguida sin piedad; en quitar los pajaritos de sus nidos, tan *suaves*, tan calientes, donde la pobre madre, ya no volverá á encontrarlos, cuando vaya á llevarles la comida. Oh! estas son crueles diversiones!

También es cruel el *pegar* y fustigar sin necesidad á los caballos y á los asnos, hasta hacerlos sangrar por los hijares. Los animales se matan los unos á los otros: los lobos matan á las ovejas; los milanos, los alcones y las águilas, que son aves de rapiña, matan á los demás pajaritos; los pajaritos, á su vez, matan á los gusanos y á las moscas. Pero si los lobos matan á las ovejas; si los milanos, los alcones y las águilas matan á los pajaritos; si los pajaritos matan á las moscas y á los gusanos, es para alimentarse y no para divertirse como lo hacen algunos perversos machachos que torturan á los insectos, á los pájaros y á las bestias. Oh! En verdad eso es una diversión cruel.

Del aseo y del orden

No echeis á perder nada. Si teneis más vestidos y más alimentos que los que necesitáis, no *desperdicieis* nada; no tireis nada. Pero, *lo que os sobra*, dádselo, ó suplicad á vuestros padres para que se lo den á los niños pobres, que no tienen ni

bastantes vestidos para cubrirse, ni un pedazo de carne en su comida, y, acaso, ni aún pan y leche para su almuerzo y su cena.

Tened cuidado de que vuestras manos, que vuestra cara, que vuestros cabellos estén siempre limpios; que vuestros vestidos estén también siempre *aseados* y en buen orden.

Los niños aseados y bien *arreglados* generalmente son más fuertes, tienen mejor salud y son más alegres que los niños que no están aseados y llevan vestidos súcios ó rotos. Si los vestidos y el alimento que se os dá son buenos, no los desdeñeis; sabed contentaros con ellos; aunque no sean iguales á los que hubiérais deseado tener.

Tened cuidado con todas las cosas que os pertenecen. Si teneis cajones destinados únicamente para guardar *las cosas de vuestra pertenencia*, tenedlos en buen orden; si poneis siempre cada cosa en su sitio, raramente perdereis algo; cuando tengais necesidad de alguna cosa, sabreis donde encontrarla y no perdereis el tiempo en buscarla.

LECCIÓN XXVI.

La amistad

Pasión sublime; sentimiento de las grandes almas, dicha del mundo, ante la que todos los males desaparecen ó se debilitan y todos los bienes se embellecen y acrecientan. ¡Oh divina amistad! Solo tu nombre me recuerda todos los encantos de mi vida. Pasión heroica *cuyo fuego*, siempre puro, está encendido por el sentimiento y animado por la inteligencia; virtud consoladora, *don que el soberano Ser* ha concedido al hombre para indemnizarle de las *funestas consecuencias* de una razón extraviada; sentimiento bienhechor sin el cual ningún bien puede existir para nosotros; porque, *¿qué bien puede existir del que no pueda hablarse á su amigo?* Virtud celeste cuyo nombre ha sido tan á menudo alterado, *al que los mortales adoran, aún cuando lo ignoren*; pasión generosa y sublime que ennoblece todo nuestro ser, haciéndonos vivir tan solo por el amigo que nuestro corazón ha elegido.

El que tiene el corazón encendido con las dulces llamas de la santa amistad, jamás disfruta de un sentimiento tan vivo

como cuando el amigo querido tiene necesidad de sus socorros; le sigue en medio del infortunio más cruel; *se liga á él* para no separarse nunca; la frialdad del elegido no puede apagar *el fuego celeste que le abrasa*: le quiere, aunque sea ingrato é infiel á las santas leyes de la amistad; le compadece y le perdona todos los males *que le causa*; por ellos llegará á estar desolado, pero no por eso le quiere menos; inmola su dicha por la del amigo: quiere morir por su Oreste, y consiente que lo ignore.

LECCIÓN XXVII.

La amistad, (continuación y fin)

Su alma se confunde con la de su amigo; *tiene* los mismos deseos, los mismos movimientos, las mismas afecciones; y, cuando la muerte, que viene á desunirlo todo, le quita el objeto de sus tiernos é inmortales sentimientos; le acompaña con valor hasta *la tumba*; y, cuando *cierran su puerta fatal*, desolado y sin esperanza, no retiene yá sus lágrimas; solo, en medio del silencio de los bosques más espesos y solitarios, va á llorar *al amigo perdido*, á alimentarse con sus lamentos y con la imágen del amigo; á consumir con el dolor un corazón, cuyos sentimientos no pueden ya *expansionarse*, una vida que no era para él y que le ha *llegado á ser* inútil. Algunas veces, cuando las sombras reinan en la tierra, cree distinguir á su amigo en medio de una *ténue* luz: le habla ¡ay! como si pudiese oírle: *atenúa* su dolor con esa *suave* y cruel ilusión, corre á abrazar aquella sombra tan querida y no encuentra más que tinieblas insensibles *y los lamentos más acerbos* en su corazón: clama á la noche y al día pidiéndoles su amigo; y, no pudiendo soportar *el peso* de sus amarguras, de sus penas y de su pérdida, sucumbe, al fin, á su dolor, y muere pronunciando el nombre de su amigo.

¡Oh celeste amistad! Porqué tus llamas puras, no *abrasan* todas las almas? Porqué tan pocos mortales te tienen en el corazón, si todos te tienen en los labios! Y porqué tu nombre, *que solo debe* ser pronunciado por la virtud, ha servido tan frecuentemente para *cometer infames* traiciones y *complots* siniestros!

LECCION XXVIII.

La Vérité (Massillon)

La verdad, esa luz del Cielo, es la única cosa en este mundo digna de los cuidados y de las *investigaciones* del hombre. Solo la verdad es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazón, el *origen* de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la atenuación de nuestros males y el remedio de todas nuestras penas; solo la verdad es el origen *de una buena* conciencia, el terror de la mala; la pena secreta del vicio y la recompensa interior de la virtud. La verdad es solamente quien inmortaliza á los que la han amado, ilustra las cadenas de los que sufren por ella, *reclama* honores públicos para las cenizas de sus mártires y de sus defensores y hace respetables la abyección y la pobreza de los que abandonaron todo por seguirla; ella sola, en fin, inspira pensamientos magnánimos, forma almas heróicas, almas *tales* que el mundo no es digno de ellas, y los sabios únicos dignos de este nombre.

Todos nuestros cuidados deberían, pues, limitarse á conocerla y todo nuestro celo á defenderla; no deberíamos buscar en los hombres más que la verdad; y no deberíamos aguantar más que á los que nos agradasen con la verdad; en una palabra, parece que debería ser suficiente que se mostrase á nosotros para hacerse amar y que nos mostrase á nosotros mismos para enseñarnos á conocernos.

La Conversación, (J. J. Rousseau)

El tono de la buena conversación es corriente y natural, ni pesado, ni frívolo; erúdito sin pedantería, alegre sin exceso, cortés sin afectación, galante sin desabrimiento, *festivo* sin equívocos. En la conversación no se emplean disertaciones ni epigramas; se razona sin argumentar, se chanea sin juego de palabras, asociando con arte la inteligencia y la razón, las máximas y las *agudezas*, la ingeniosa *burla* y la moral severa.

En la buena conversación se habla de todo, para que cada cual tenga algo que decir; no se profundizan las *cuestiones* te-

merosos de *enojar*; se las propone como *al soslayo*, se tratan con rapidez; la precisión conduce á la elegancia; cada cual dice su modo de pensar y le apoya en pocas palabras; ninguno ataca con calor el del *prójimo*, ni defiende tercamente el suyo. Se discute para *ilustrarse*, con la discusión se reflexiona, cada cual se instruye ó se divierte; todos se van contentos y hasta el mismo sábio puede sacar de estas instrucciones casos dignos de ser meditados en silencio.

LECCIÓN XXIX.

La Golondrina, (Guéneau de Montbelliard)

El vuelo es el estado natural, yo diría casi el estado necesario de la golondrina. Come volando, bebe volando, se baña volando y algunas veces dá de comer á sus pequeños volando.... Ella siente que el aire es su dominio y *en él* recorre todas las dimensiones y en todos los sentidos, como para gozar de él en todos los detalles; y el placer de este gozo lo indica con gritos de alegría.

Tan pronto da caza á insectos volátiles, siguiendo con agilidad flexible su huella oblicua y tortuosa, *como* rasa ligeramente la superficie de la tierra, para coger los que la lluvia ó la frescura ha amontonado.

Otras veces la golondrina tiene necesidad de *sustraerse* á la impetuosidad del ave de rapiña, lo que consigue con la flexibilidad presta de sus movimientos: siempre dueña de su vuelo, en su más grande velocidad, le cambia *rápidamente* de dirección; parece que describe en medio de los aires un dédalo móvil y fugitivo, cuyas direcciones se cruzan, se entrelazan, se *alejan*, se aproximan, se chocan, *voltean*, suben, bajan, se pierden, y reaparecen para cruzarse, *mezclarse*, en mil modos, cuyo plan es *complicadísimo* para representarle á la vista por el arte del dibujo, pues apenas puede ser indicado á la imaginación con el *pincel* de la palabra.

LECCIÓN XXX.

El Lirio y la Rosa

Para mostrarme el carácter de una flor, los botánicos me la enseñan seca, descolorida y estendida en un herbario. ¿Es en tal estado como yo reconocería un lirio? ¿No es en el borde de un arroyo, elevando en medio de las yerbas su tallo augusto y reflejando en las aguas sus hermosos cálices más blancos que el marfil, donde yo admiraría al rey de los valles? Su blancura incomparable, nó es aún más resplandeciente cuando está salpicada como con gotas de coral por escarabajitos escarlatas, hemistéricos, *cubiertos de puntitos negros* que buscan allí casi siempre un asilo? Quién puede reconocer en una rosa seca á la reina de las flores?

Para que la rosa sea á la vez un objeto del amor y de la filosofía, es preciso verla cuando saliendo de las hendiduras de una roca húmeda resplandece con su propia verdura; cuando el céfiro la balancea en su tallo erizado de espinas; cuando la aurora la ha cubierto de *rocío*; entonces con su resplandor y con sus perfumes invita á la mano de los amantes.

Algunas veces una cantárida, anidada en su corola, hace resaltar el carmin con su verde esmeralda: entonces es cuando esta flor parece decirnos que es símbolo del placer por sus encantos y por su rapidez, pues lleva, como él, el peligro en su rededor y el arrepentimiento en su seno.

LECCIÓN XXXI.

La Rosa y la Mariposa

La potencia animal es de un orden muy superior á la vegetal. La mariposa es más hermosa y mejor organizada que la rosa. Ved á la reina de las flores, formada de porciones esféricas, *matizada* con los más ricos colores, contrastada por un follage del más hermoso verde y balanceada por el céfiro; la mariposa la sobrepuja en armonía de colores, de formas y de movimientos.

Considerad con qué arte están compuestas las cuatro alas

con que vuela, la regularidad de las conchitas que la cubren, como si fueren plumas, la variedad de sus *tintes* brillantes, las seis patas *provistas* de garras, con las que resiste á los vientos cuando se reposa; la trompa rodada con la que *absorve* su alimento del seno de las flores; los antenas, órganos exquisitos del tacto, que coronan su cabeza, y el admirable enrejado de ojos de que está rodeada, cuyo número excede de doce mil.

Pero lo que la hace muy superior á la rosa, es que la mariposa tiene, además de la belleza de las formas, las facultades de ver, de oír, de oler, de saborear, de sentir, de moverse y de querer; es, en fin, un alma dotada de pasiones y de inteligencia. Para alimentar á la mariposa, la rosa entreabre las glándulas nectáreas de su seno, y para proteger los huevos, pegados como un brazalete alrededor de sus ramas, está rodeada de espinas.

La rosa ni ve ni oye al niño que corre para cogerla; pero la mariposa posada sobre ella, se escapa á la mano presta á cogerla; se eleva en los aires, desciende, se aleja, se aproxima, y después de haberse burlado del cazador, *emprende* su vuelo y va á buscar sobre otras flores un retiro más tranquilo.

LECCIÓN XXXII.

EL CABALLO (Buffon)

La más noble conquista que el hombre ha hecho, es la de este arrogante y fogoso animal, que comparte con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates: tan intrépido como su amo, el caballo vé el peligro y le afronta; se hace al ruido de las armas, le gusta, le busca y se anima con la misma fogosidad.

El caballo comparte también de los placeres áel hombre; en los torneos, y en las corridas brilla y resplandece. Pero tan docil como *valeroso* no se deja *llevar* de su fogosidad; sabe reprimir sus movimientos; y no solamente se doblega á la mano del que le guía, sinó que parece consultar sus deseos; y, obedeciendo siempre á las impresiones que recibe del jinete, se precipita; se modera ó se para y solo obra para satisfacer

mejor. Es un ser que *se somete* para no existir más que por la voluntad ajena; sabe prevenirla, y por la prontitud y la precisión de sus movimientos la expresa y la ejecuta; siente tanto cuanto se desea y solo hace cuanto se quiere, y, entregándose sin reserva, no se rehusa á nada; sirve con todas sus fuerzas, se excede y hasta muere por obedecer mejor.

El Pastor y el Rebaño

Cuando algunas veces veis un numeroso rebaño que, *esparcido* por una colina verde, al declinar un hermoso día, pace tranquilamente el tomillo y el serpol, ó que en una pradera *come* la yerba menudá y tierna escapada á la hoz del segador; el pastor, cuidadoso y atento, está de pié cerca de sus ovejas; no las pierde de vista, las sigue, las conduce y las cambia de *sitio*: si se dispersan, las reúne; si un lobo ambriento aparece, envizca su perro y le hace huir.

El pastor las alimenta y las defiende; la aurora le encuentra ya en plena campiña, de donde se retira al verificarlo el sol.

¡Qué cuidados! ¡Qué vigilancia! ¡Qué servidumbre! ¿Qué condición os parece más deliciosa y más libre, la del pastor ó la de las ovejas? Se ha hecho el rebaño para el pastor, ó el pastor para el rebaño? Imágen sencilla de los pueblos y del príncipe que los gobierna, si es buen príncipe.

LECCIÓN XXXIII.

LA LAGARTIJA

La lagartija parece ser el más *manso*, el más inocente y uno de los más útiles de los animales de su especie. Este lindo animalito, tan común en el país en que escribimos y con el que tantas personas han jugado en su infancia, no ha sido *dotado* por la naturaleza de una *capa* tan resplandeciente como la de otros varios cuadrúpedos ovíparos; pero le ha *provisto* de un *atavío* elegante.

Su tallecito es esbelto, su movimiento ágil, su carrera tan *rápida* que se pierde de vista tan rápidamente como el pájaro

que vuela. Le gusta recibir el calor del sol, tiene necesidad de una temperatura suave y busca *las abrigadas*; y cuando en un hermoso día de primavera un rayo de *sol puro baña* un céspede en declive, ó una pared, aumentando el calor con el reflejo, se la vé estenderse en la pared ó sobre la yerba nueva con una especie de voluptuosidad.

La lagartija se penetra con delicia de ese calor bienhechor, demuestra su placer con suaves ondulaciones de su cola estendida y hace brillar sus ojos vivos y animados; se precipita como una flecha para coger una pequeña presa ó para buscar un abrigo más cómodo. Lejos de huir cuando el hombre se aproxima, parece mirarle con complacencia; pero al menor ruido se *espanta*, á la sola caída de una hoja se enrosca, cae y permanece durante algunos instantes como *atolondrada* por su caída; ó bien se lanza, desaparece, se turba, vuelve, se oculta de nuevo, reaparece otra vez y describe en un instante varios circuitos tortuosos que apenas pueden seguirse con la vista; se repliega varias veces sobre sí misma y al fin se retira á algún asilo, hasta que su temor se haya disipado.

LECCIÓN XXXIV.

La Aurora y la Salida del Sol

¡Qué espectáculo para un amante de la sencilla naturaleza! Sentado en la punta de las rocas, veo á mis pies una infinidad de islitas que se forman á voluntad del capricho de los arroyos; veo caer con *estrépido* sus ondas del alto de la montaña, y, quebrándose en su caída, van á pasear por la llanura sus errores y su inconstancia. *Me creo* ser el dios de los manantiales que á mi lado *borbotean*: aquel asiento, revestido de musgo, parece ser el trono adonde la naturaleza me ha permitido subir; y quiere, sin duda, que yo reine en aquellos lugares donde ella triunfa por sí misma. ¡Qué frescura en el aire! ¡Qué encantador *perfume* en las yerbas que se elevan en mí rededor! y que parece oradan el árido seno de las rocas para coronarlas en seguida con sus hojas.

El día empieza á mezclarse con las sombras de la noche; la sombra se *agranda* insensiblemente: se diría que el velo que cubría á la naturaleza, empieza á replegarse. Toda una

parte del cielo empieza á iluminarse; los astros que *le decoran*, palidecen y semejan retroceder á la aproximación del día; *al mismo tiempo*, del lado de Poniente, la noche estiende aún bajo la bóveda de los cielos un velo sembrado de záfiro; las estrellas brillantes que *resplandecen*, parece que reaniman toda su luz para oponerse á la *aparición* de la aurora; pero sus esfuerzos son vanos: Todo el Oriente se *engalana* con los más ricos colores. La naturaleza anuncia su despertar á la tierra con la voz de todos los animales; un viento apacible *estremece* suavemente las hojas de los árboles y de las cabañas vecinas veo yá salir torrentes de humo que anuncian la *terminación* del reposo y el reino del trabajo.

LECCIÓN XXXV.

La Aurora y la Salida del Sol, (continuación)

La estrella de Venus es la única que disputa aún á la aurora el imperio de la mañana; pero satisfecha por haber combatido un momento, *prepara* su derrota con una huida lenta que deja indecisa la victoria. El triunfo de la aurora es rápido; imágen natural del placer, nada es tan brillante como su aproximación, nada es tan corto como su duración! *Una luz* más viva borra los colores tiernos con que se había *engalana-do*: el rey de los astros parece elevarse en línea recta del seno de la tierra, y sus primeros rayos suben en columna hácia el cielo: la cabeza de las montañas más remotas deja ya ver la mitad de su globo, el que parece estar compuesto de una luz temblorosa y azulada en su circunferencia, pero de un rojo pálido en su centro.

El astro sube y empieza á formar, en su marcha, una línea curva; su globo se estrecha, su luz se purifica y sus rayos, más prontos y más ardientes, van bien pronto á secar, con un calor moderado, la humedad de la tierra, y los presentes de la aurora: los suaves vapores que *producen*, forman en el aire las nubes ligeras que, conducidas en alas de la constancia y de los céfiros, no dejan de formar contrastes regulares en los vastos cuadros de los cielos. ¡Qué objetos! Es posible que yo sea acaso el único que en este momento se ocupe de esto? ¡Qué es pues preciso para despertar la curiosidad de los hombres?

LECCIÓN XXXVI.

TEORÍA DE LA AURORA

Los rayos que se pliegan para aproximarse á nosotros, pasan *sobre* nuestras cabezas antes de *bañarnos*, se reflejan sobre las *toscas* partículas del aire para formar, primero un débil resplandor, aumentado incesantemente, que anuncia y muy luego se convierte en el día. Este resplandor es la aurora. La luz descompuesta pinta las nubes y forma esos colores brillantes que preceden á la salida del sol: En este fenómeno *coloreado* de la refracción es donde los poetas han visto á la diosa de la mañana, abriendo las puertas del día con sus dedos *sonrosados*; la hija del aire y del sol tiene su trono en la atmósfera. Si esta atmósfera no existiese, si los rayos nos llegasen en línea recta, la aparición y desaparición del sol serían instantáneas; el gran resplandor del día sucedería á la profunda noche y pasaríamos de repente del más hermoso día á las más profundas tinieblas. La refracción es pues útil á la tierra, no solo porque nos hace gozar algunos momentos más de la presencia del sol, sinó porque al darnos los crepúsculos, prolonga la duración de la luz; y la naturaleza ha establecido graduaciones para preparar nuestros placeres, para disminuir nuestros pesares. Vemos amanecer el día como una débil esperanza y se acaba sin que pensemos en él, y la luz se pierde como nuestras fuerzas, como la salud, los placeres, la vida misma, sin que nos apercibamos de ello.

LECCIÓN XXXVII.

BENEFICIO DE LOS VIENTOS

En esto, como en todas sus obras, el Creador manifiesta su sabiduría y su bondad. Él arregla el movimiento, la fuerza y la duración de los vientos y los prescribe la carrera que deben recorrer. Cuando una sequía prolongada hace languidecer á los animales y *agostar* las plantas, un viento del lado del mar, donde se ha *saturado* de vapores bienhechores, *refresca* las praderas y reanima toda la naturaleza. Cumplida

esta *misión*, un viento seco *salta* de Oriente, devuelve al aire su serenidad y trae el buen tiempo. El viento del Norte *arrastra* y precipita todos los vapores *perjudiciales* del aire de otoño.

Al áspero viento del Septentrión sucede el viento del Sud, que naciendo de las comarcas meridionales, lo llena todo con su calor vivificador. *Así es que*, con estas variaciones continuas, la fertilidad y la salud se mantienen en la tierra.

Del seno del Océano se elevan á la atmósfera torrentes que *fluyen* en los dos mundos, Dios ordena á los vientos que los distribuyan en las islas y los continentes: esos invisibles hijos del aire los transportan *en* mil formas diversas; unas veces los estienden en el cielo como velos de oro y pavellones de seda, otras los *voltean* en formas de horribles dragones y de rugientes leones que vomitan los fuegos del trueno y los vierten *en* las montañas, *transformados* en rocíos, en lluvias, en granizo, en nieve, en torrentes impetuosos.

Por muy *extraordinarios* que parezcan sus servicios, cada parte de la tierra recibe todos los años su porción de agua y de ella *siente* la influencia. *Al mismo tiempo* los vientos despliegan en las líquidas llanuras del mar la variedad de sus caracteres: estos apenas rizan la superficie de sus *aguas*, esos las ruedan en ondas de azul; aquellos las *embravecen*, *haciéndolas* mugir, y cubren de espuma los más altos promontorios.

LECCIÓN XXXVIII.

LA RELIGIÓN

La religión es una filosofía sublime que demuestra el orden, la unidad sublime de la naturaleza y esplica el enigma del corazón humano; la religión es el más poderoso móvil para conducir al hombre al bien, puesto que la fé le pone sin cesar *al amparo* de la Divinidad y obra en la voluntad con tanto imperio como sobre el pensamiento; la religión es un suplemento de la conciencia que manda, afirma y perfecciona todas las virtudes; establece nuevas relaciones de beneficencia sobre nuevos lazos de humanidad; nos muestra en los pobres acreedores y jueces; hermanos en nuestros enemigos, en el Ser supremo un padre: la religión del corazón y la virtud en

acción son el más hermoso de todos los códigos de moral, cuyos preceptos son otros tantos beneficios del Cielo.

EL ADULADOR

El adulador es un espíritu flexible y cómodo que sonríe servilmente á todas vuestras miradas, se recrea con todas vuestras palabras, aplaude todas vuestras acciones; es un *ser astuto* é insinuante que estudia vuestras inclinaciones para seguirlas, vuestras relaciones para cultivarlas y vuestros mismos defectos para *ensalzarlos*; es un *carácter trapacero* y disimulado que os elogia y os engaña, que os *aprueba* en público y os condena en secreto; y *apoya* exteriormente vuestro flaco para llevaros más seguramente al suyo; algunas veces es un ser celoso y envidioso que parece le complace vuestra elevación; pero, en el fondo, *le atormenta vuestra* prosperidad; es *otras veces* un carácter *desagradable*, un enemigo cubierto que oculta su ódio con los más grandes elogios, porque lo teme todo de vuestra autoridad; es siempre un *ser vil* y rastrero que lo espera todo de su propia dependencia, y para colorar aún más la vergüenza de su servilismo, llama talento y habilidad á la desgraciada costumbre que tiene de hacer bajezas.

LECCIÓN XXXIX.

Del estudio de las Lenguas

La educación hecha divirtiéndose, dispersa el pensamiento; el trabajo en todo género es uno de los grandes secretos de la naturaleza; el espíritu del niño debe acostumbrarse á los esfuerzos del estudio, como nuestra alma al sufrimiento. El perfeccionamiento de la primera edad *tiende* al trabajo, como el de la segunda al dolor; es de desear, sin duda, que los *padres* y el destino no abusen demasiado de este doble secreto; *pues* no hay nada más importante, en todas las épocas de la vida, que lo que obra sobre el centro mismo de la existencia, considerado demasiado á menudo como el ser moral en detalle. Enseñareis con cuadros y con *cartas* una cantidad de cosas á vuestro hijo; pero no le enseñareis á aprender, y la costumbre de divertirse, al aprender las ciencias, seguirá bien pronto otro curso, cuando el niño no esté ya en vuestra dependencia.

No es sin *fundamento* que el estudio de las Lenguas, antiguas y modernas, ha sido la base de todos los establecimientos de educación que han formado los hombres más capaces en Europa: el sentido de una frase en una Lengua extranjera es á la vez un problema gramatical é intelectual; este problema es completamente proporcionado para la inteligencia del niño: primero no entiende más que las palabras, después se eleva hasta la concepción de la frase, y muy pronto después el encanto de la expresión, su fuerza, su armonía, todo lo que se encuentra, en fin, en el lenguaje del hombre, *lo siente por grados* el niño que traduce.

El niño se ensaya completamente solo con las dificultades que le presentan dos lenguas á la vez, se introduce sucesivamente en las ideas, compara y combina diversos géneros de analogía y de semejanza, y la actividad espontánea de la *inteligencia*, la única que verdaderamente desenvuelve la facultad de pensar, se excita vivamente con este estudio. El número de facultades que hace mover á la vez, le da *ventajas* sobre *cualquiera* otro trabajo, y uno es dichoso cuando emplea la memoria flexible del niño para retener un género de conocimientos, sin el cual estaría limitado toda su vida al círculo de su propia noción; círculo estrecho, como todo lo que es exclusivo.

LECCION XL.

EL AMOR PROPIO

Nuestro amor propio, hace que todo lo relacionemos con nosotros mismos; hacemos servir á cuanto nos rodea, como si todo fuese hecho para nosotros *solos*. No contamos cuanto *sucede* en el mundo más que con *referencia* á nosotros; en una palabra, vivimos como si fuésemos solos en el Universo y como si el Universo entero se hubiese hecho para nosotros solos. *De modo que, no siendo* más que un átomo imperceptible, en media de este vasto Universo, quisiéramos hacer mover toda su máquina al grado de nuestros solos deseos; que todos los sucesos se acomodasen á *nuestra conveniencia* y que el sol no saliese ni se pusiese más que para nosotros solos.

Quisiéramos ser el fin de todos los designios de Dios, como

nos *establecemos*, nosotros mismos, el fin único de todos nuestros proyectos en la tierra. De modo que, no juzgamos de todos los sucesos que nos rodean más que con relación á nosotros mismos; y, *cuanto* turba un instante nuestros placeres, ó *menoscaba* el orgullo y la ambición de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, nos desagrada y nos revoluciona.

Como nuestro amor propio nos hace creer que tenemos nosotros solos la sabiduría como patrimonio, cuanto no se ajusta á nuestro modo de ver y á nuestros *conocimientos* en el arreglo de las cosas de este mundo, *lo condenamos y censuramos*.

Quisiéramos que los *destinos* y las dignidades fuesen dispuestas á nuestro *gusto*, que nuestras *conveniencias* x nuestros consejos arreglasen la fortuna pública, que los favores *no recayesen* más que en *quienes* nuestro sufragio los hubiere ya destinado; que los sucesos públicos no fuesen conducidos más que *con arreglo* á las medidas que nosotros mismos hubiéremos elegido: vituperamos diariamente la elección de nuestros *jefes* y no encontramos á nadie digno del puesto que ocupa.

Nuestro amor propio se ha apoderado de todo el Universo y miramos cuanto deseamos como nuestro *patrimonio*. Los *destinos* y honores que escapan á nuestra *avaricia* y que se dan á los demás, lo miramos como bienes que nos pertenecen y que se nos arrebatan injustamente; todo lo que brilla por encima de nosotros y á nuestro lado, nos deslumbra y nos hiera. Vemos con envidia la elevación de los demás hombres; su prosperidad nos inquieta, su fortuna hace nuestra desgracia, su éxito forma un veneno secreto en nuestro corazón y *llena de amargura* toda nuestra vida. Los aplausos que reciben son como oprobios que nos humillan; volvemos contra nosotros lo que les es favorable; y, poco contentos al ver tantos desgraciados que nos miran, nos *labramos* además un infortunio con la dicha del *prójimo*.

LECCIÓN XLI.

LAS MINAS Y SUS TRABAJOS

El reino mineral no tiene en sí nada de amable ni *atra-*

yente; sus riquezas encerradas en el seno de la tierra parece que han sido alejadas de las miradas del hombre para no tentar su avaricia; allí están como en reserva para que algún día sirvan de suplemento á las verdaderas riquezas, que están más á su alcance, y de las cuales pierde el gusto á medida que se corrompe. Entonces es preciso que *recurra* á la industria, á las penas y al trabajo para *socorrer sus miserias*; registra las entrañas de la tierra para buscar en su centro, con riesgo de su vida y á *expensas* de su salud, bienes imaginarios en lugar de los bienes reales que *la tierra* le ofrece espontáneamente, si supiese gozar de ellos.

Huye del sol y del día, á quien no es ya digno de ver, se entierra *lleno de vida*, y hace bien, puesto que ya no es digno de vivir á la luz del *sol*. *En el centro de la tierra*, canteras, simas, fraguas, hornos, un aparato de yunques, de martillos de humo y de fuego *sustituyen* á las dulces imágenes de los trabajos campestres. Los rostros macilentos, de los desgraciados que languidecen en los infectos vapores de las minas, los *tiznados* herreros y horrorosos cíclopes es el espectáculo que el aparato de las minas *sustituye*, en el seno de la tierra, al de la verdura y de las flores, del cielo azulado, de los pastores amorosos y de los labradores robustos de su superficie.

LECCIÓN XLII.

JESUCRISTO PINTADO POR RAFAEL

(Descripto por Balzac)

La cabeza del Salvador parecía salir de las tinieblas que figuraba un fondo negro..... Una aureola de rayos resplandecía vivamente al rededor de su cabellera, *de la cual* parecían salir. Bajo la frente, bajo las carnes había una elocuente convicción que *salía* de cada rasgo por penetrantes efluvios..... Sus labios vermejos acababan de hacer oír la palabra de vida, y el espectador buscaba su eco sagrado en los aires y pedía las arrebatadoras parábolas al silencio; le escuchaba en el porvenir y la encontraba en las enseñanzas del pasado.....

En fin, el Evangelio estaba completamente traducido por la sencilla calma de aquellos adorables ojos, donde el alma

turbada se refugiaba; donde toda la religión se leía en una sola expresión magnífica y *dulce*, que parecía repetir:

¡Amaos los unos á los otros!

Aquella pintura inspiraba una *oración*, recomendaba el perdón, mataba el egoísmo y despertaba la caridad.

El triunfo de Rafael era completo porque se olvidaba al pintor y, compartiendo el privilegio de los encantos de la música, su obra nos *dominaba con* el atractivo poderoso de los recuerdos.....

El prestigio de la luz obraba aún sobre aquella maravilla, y, en momentos, parecía que la cabeza *del Salvador* se elevaba á un lejano mágico, en el seno de alguna nube.

LECCIÓN XLIII.

EL PERRO

El perro, fiel al hombre, conservará siempre una porción de imperio, un grado de superioridad sobre los demás animales; él los manda y hasta reina á la cabeza de un rebaño, *haciéndose* entender mejor que la voz del pastor; la seguridad, el orden y la disciplina son el fruto de su vigilancia y de su actividad; el rebaño es un pueblo sometido á quien conduce, protege y contra el que solo emplea la fuerza para *conservar* la paz. En la guerra, *especialmente* contra los animales enemigos ó independientes, es donde *resalta* su valor y su inteligencia se despliega completamente. Entonces *las disposiciones* naturales se unen á las cualidades adquiridas.

Así que oye el ruido de las armas, tan luego como *el sonido* del cuerno ó la voz del cazador ha dado la señal de un combate próximo; fogoso, con nuevo ardor, el perro *indica* su alegría con los más vivos transportes: con sus movimientos y con sus gritos anuncia la impaciencia de combatir y el deseo de vencer; marcha en seguida en silencio, *empieza* á reconocer el *terreno*, á *buscar*, á sorprender al enemigo en su fuerte; rebusca sus huellas, las sigue paso á paso, y, con acentos diferentes, indica el tiempo, la distancia, la especie y hasta la edad del que persigue.

El perro, además de la belleza de su forma, de la vivaci-

dad, de la fuerza y de la ligereza, tiene por excelencia todas las cualidades interiores que pueden *conquistar el afecto del hombre*.

Un natural ardiente, colérico y hasta feroz y sanguinario hace al perro salvaje temible á todos los animales; y, *por el contrario*, el perro doméstico tiene los sentimientos más *mansos y un gran placer en encariñarse y deseo de agradar*: arrastrándose, va á poner á los pies de su amo su valor, su fuerza y su *inteligencia*; espera sus órdenes para *cumplirlas*; le consulta, le interroga y le suplica; una mirada es suficiente; entiende los signos de su voluntad, sin tener, como el hombre, la *luz* del pensamiento; tiene toda la fogosidad del sentimiento y *supera* al hombre en fidelidad y constancia en sus afecciones; ninguna ambición, ningún interés, ningun deseo de venganza; *solo teme cuando puede* desagradar; es todo celo, todo ardor y obediencia; más sensible al recuerdo de los beneficios que al de los ultrages, no se desanima por los malos tratamientos; los sufre, los olvida ó si se acuerda de ellos es para *encariñarse* más; lejos de irritarse ó de huir, se expone de nuevo y espontáneamente á nuevas pruebas; lame aquella mano, instrumento de dolor, que le acaba de pegar; no la opone más que sus lamentos y la desarma, en fin, con paciencia y sumisión.

LECCIÓN XLIV.

LA AVARICIA

El avaro no amontona más que por amontonar; no es para suministrar á sus necesidades, se *las suprime*; su dinero le es más precioso que su salud, que su vida, que él mismo; todas sus acciones, todas sus *tendencias*, todas sus afecciones están *reconcentradas* en ese indigno objeto. *Todo el mundo le conoce* y él no toma ninguna precaución para ocultar á las miradas del público la miserable inclinación *que le embarga*; porque tal es el carácter de *tan* vergonzosa pasión, se manifiesta por todos los lados y *todo lo que de ella deriva está sellado* con ese maldito carácter, y, además, solo es un misterio para el que está poseído de la avaricia.

Cualquiera otra pasión *guarda* al menos las apariencias;

uno las oculta á las miradas del público; una imprudencia puede algunas veces *descubrirla*; pero el culpable pone en juego *cuantos* medios estén á su alcance por *ocultarla*. *El avaro* no se la oculta á nadie; lejos de tomar precauciones para ocultarla á los ojos del público, todo en él la *publica*, todo la muestra *abiertamente*; la lleva escrita en su lenguaje, en sus acciones, en toda su conducta, y, por decirlo así, en su frente.

La edad y las reflexiones curan generalmente las demás pasiones; pero la de la avaricia parece reanimarse y *fortificarse* en la vejez. Cuanto más se avanza hácia ese momento fatal, en que todo ese sordido monton debe desaparecer y sernos *arrebataado*, más se *encariña* con él; cuanto más se aproxima la muerte, *más fija tiene la vista* en su miserable tesoro, y más lo considera como una precaución necesaria para un porvenir quimérico. De modo que, la edad rejuvenece, por decirlo así, esa indigna pasión: los años, las enfermedades, las reflexiones, todo lo *penetra* más profundamente en su alma, y *esta* se alimenta y se inflama con los mismos remedios que se curan y *apagan* las demás pasiones.

Se ha visto á hombres de una decrepitud cadavérica, y que solo les restaba un soplo de vida, no conservar, en el desfallecimiento total de las facultades de su alma, un resto de sensibilidad, y, por decirlo así, signo de vida, más que para esa indigna pasión; se ha visto á ella sola sostenerse, reanimarse sobre los restos de todo lo demás, el último suspiro ha sido para ella, las inquietudes de los últimos momentos mirarla aún; y el desventurado expirante echaba todavía moribundas miradas, que iban á apagarse sobre un dinero que la muerte le arrancaba, pero no ha podido arrancar el amor que le tenía su corazón.

LECCION XLV.

FLORA

Presidid los juegos de nuestros hijos, encantadora hija de la Aurora, amable Flora; *tu eres* quien cubre de rosas los campos del cielo que recorre *tu* madre, bien *al aparecer* diariamente en nuestro horizonte ó bien cuando en la primavera avanza hácia la cumbre de nuestro hemisferio, arro-

jando sus rayos de oro y de púrpura sobre nuestras regiones de nieve. Por tí, suspendida sobre nuestras verdes campiñas y conducida por el arco iris al seno de las nubes pluviosas, vierte las flores á *manos llenas* en nuestros valles y en nuestras *forestas*; el céfiro amoroso te sigue y jadeante *te persigue*, empujándote con su aliento cálido y húmedo. Se apercibe ya en la tierra los actos de *tu* paso por los cielos, á través de los ródios lejanos de la lluvia, las *landas* (paramos) aparecen completamente amarillas de retamas floridas; las praderas brumosas *esfaltadas* de margaritas doradas y las cornisas de las antiguas torres de alelíes azafranados.

En medio del día más nebuloso se creería que los rayos del sol lucen á lo lejos, en la *grupa* de las colinas, en el fondo de los valles y en el pináculo de los antiguos monumentos; *lindes* de violetas y de primaveras perfuman los setos, y el *lilero* cubre con sus purpúreos racimos los muros del cartillo lejano.

Niños *cariñosos*, id á la campiña, Flora os llama *para que vayais al seno de las praderas*, todo allí os *convida*, los bosques, las aguas, las rocas áridas; cada sitio os presenta sus plantas y cada planta sus flores. Gozad del mes que os las da: Abril es vuestro hermano, está en la aurora del año, como vosotros en la de la vida; conoced sus risueños dones como vuestra edad. Las praderas serán vuestra escuela, las flores vuestros alfabetos y Flora vuestra institutriz.

LECCIÓN XLVI.

LA FRANCIA

¡Bajo que interesantes rasgos, bajo qué diversos atributos la Poesía y la Pintura, cuyo privilegio es animarlo todo, no podrían representar á la Francia!

Unas veces la veríamos, *cual* intrépida amazona, llevando el hacha de Sicambre, los brazaletes del Celta, la lanza de los paladines, la espuela de oro, el halcon y el cuerno retumbante de los nobles y de los castellanos; otras, *cual* errante peregrina, volviendo de los *Lugares Santos* con el rosario de los ermitas, el *bordon*, la banda bordada por las *doncellas*, el harpa de los trovadores y la cítara de los romanceros; y otras *cual* poderosa hada, *la veríais* coronada con la verbena

con que las profetisas de los Germanos y de los Galos ceñían su frente; armada con la *varilla* de los nigrománticos, el anillo maravilloso y la copa con filtros mágicos; transportada en un carro aéreo, como aparecieron á nuestros crédulos antepasados las Oberón, las Morgane y las Mélusinas.

Pero la verías más frecuente aún, augusta divinidad, elevada en un trono, del cual los mismos extranjeros han reconocido la preeminencia sobre todos los demás, recibiendo las producciones del genio, los votos, los juramentos y los sacrificios de una multitud de héroes, orgullosos de derramar su sangre y de morir por ella.

Del altar de la Francia están suspendidos los *estandartes* de Clovis, los *trofeos* que Carlomagno trajo del Capitolio, los pendones de los *Luis* y de los Felipe, el penacho blanco de los Enrique IV y las espadas de los Duguesclin, de los Nemours, de los Bayard, de los Condé, de los Turena, de los Catinat, de los Villars. Entre estos trofeos resalta su vasto escudo, que adornan los de armas de cien familias ilustres, los colores, las *iniciales* y las divisas de los caballeros y de las *banderolas*. Alrededor de estos nobles escudos se entrelazan las ramas de la encina que adoraban nuestros druidas; el olivo que los *Focences* transplantaron á nuestras costas; el álamo de Italia, emblema de las colonias romanas en las Galias, el pampano con que los soldados de Probus enriquecieron nuestras *laderas*; las palmas de la Idumea y los lirios cubiertos de abejas: sobre estas imágenes simbólicas la galantería y los amorcillos deshojan las rosas y los mirtos *criados* en los voluptuosos bosques de *Anet*, de *Blois* y de Versalles.

LECCIÓN XLVII.

El Canario y el Ruiseñor

Si el ruiseñor es el *chantre* de los bosques, el canario es el músico de la *cámara*; el primero lo tiene todo de la naturaleza, el segundo participa de nuestras artes; con menos fuerza de órgano, menos extensión en la voz y menos variedad en los sonidos el canario tiene más oído, más facilidad de imitación y más memoria; y como la diferencia del carácter, especialmente en los animales, *es aproximadamente* la que se en-

cuentra entre sus sentidos, el canario cuyo oído es más atento y más susceptible de recibir y conservar las impresiones *exteriores*, se hace también más social, más manso y más familiar; es capaz de conocer y encariñarse; sus caricias son amables, sus *enfaditos* inocentes y su cólera ni hiere ni ofende.

Las costumbres naturales del canario le aproximan más aún á nosotros; se alimenta con granos, como las demás aves domésticas y se le *cria* más fácilmente que al ruiseñor; este no vive más que con carne ó insectos y no se le puede alimentar más que con *comida preparada*. Su educación más fácil, es también más *feliz*; se le educa con placer, porque se le instruye con éxito; deja la melodía de su cántico natural, para prestarse á la armonía de nuestras voces y de nuestros instrumentos; aplaude y acompaña; nos devuelve mucho más de lo que se le puede dar.

El ruiseñor más arrogante de su talento, parece querer conservarle en toda su pureza, al menos parece que hace bien poco caso de los nuestros; solo con *gran esfuerzo* podemos enseñarle á repetir algunas de nuestras canciones.

El canario puede hablar y silbar. El ruiseñor desprecia tanto la palabra como el silbido; repite continuamente sus brillantes gorgoros. Su gorgoro, siempre nuevo, es una obra maestra de la naturaleza á la que el arte humano no puede ni cambiar ni agregar nada; el del canario es un modelo de gracias, de un temple menos *resistente* que podemos modificar.

El uno tiene, pues, mucha más parte que el otro en los *recreos* de la sociedad; el canario canta en todo tiempo, nos recrea en los días más sombríos y hasta contribuye á nuestra dicha; porque hace el *recreo* de todas las personas jóvenes y las delicias de los reclusos; encanta al menos el *tédio* del claustro, *lleva* la alegría á las almas inocentes y cautivas, y sus amorcitos, que uno puede observarlos de cerca, preparándolos para *anidar*, han hecho volver mil veces á la ternura á corazones sacrificados; esto es hacer tanto bien como los *hombres rapaces* saben hacer el mal.

LECCIÓN IIL.

Anécdota sobre José II

Al emperador de Austria José II no le gustaba ni la representación ni el aparato; testificalo este hecho que se cita con placer.

Un día, vestido con una sencilla levita abotonada y acompañado por un solo criado sin librea, fué, en una calesa de dos asientos, la que *guiaba* él mismo, á dar un paseo matinal por las cercanías de Viena, y, cuando ya volvía á la ciudad, fué sorprendido por la lluvia. Aún estaba *bastante* alejado cuando un *peaton*, que iba también á la capital, hizo seña al conductor para que parase; lo que José II ejecutó en seguida.

Caballero, le dijo el militar, porque era un sargento: ¿Sería una indiscreción el pedir á Vd. asiento á su lado? Esto no le incomodaría á Vd. mucho, puesto que vá solo en la calesa y ahorraría mi uniforme, que le he estrenado hoy.

Ahorremos vuestro uniforme, mi bravo, le dijo José, y *póngase* Vd. aquí.

De dónde viene Vd?

Ah! dijo el sargento: vengo de casa de un guarda bosques, muy amigo mío, donde he almorzado admirablemente.

Qué ha almorzado Vd., que tan bueno ha sido?

Adivinádlo.

Qué se yó, ¿una sopa de cerveza?

Ah! bien, si; una sopa de cerveza? mejor que eso. (1)

¿De la *Chucrut*? (1)

Mejor que eso.

Un *filete* de ternera?

Mejor que eso, os digo.

Oh! á fé mía, que ya no puedo adivinar más, dijo José II.

Un faisán, mi respetable señor; un faisán matado en los *sitios* de recreo de S. M.!

Matado en las *posesiones* de recreo de S. M.! Debía ser *superior*.

(1) *Choucroute*; es una comida que se hace con coles especiales de Viena, fermentados y sazonados; serán tan buenos como la sopa de cerveza. Que Dios les conserve lo uno y lo otro y que les aproveche.

Yo respondo á Vd. de ello.

Como se aproximaban á la ciudad y no cesaba de llover, José pregunta á su compañero, en qué cuartel se alojaba y donde quería que le llevase.

Señor! eso es demasiada bondad y temería abusar de....

No, no; dijo José II. ¿Cuál es vuestra calle?

El sargento indica su morada, y *desea* conocer de quien recibe tantas *mercedes*.

A vuestra vez, dijo José, *le toca adivinar*.

Caballero! *Acaso* es Vd. militar?

Efectivamente, habeis acertado.

¡Teniente?

Ah! bien, sí; ¿Teniente? mejor (1) que eso.

¡Capitan?

Mejor que eso.

Acaso será Vd. coronel?

Mejor que eso, os digo.

¡Cómo, Diablos! dijo el otro, arrinconándose en seguida en la calesa. Será Vd. capitán general?

Mejor que eso.

Ah! Dios mío! es el emperador!

El mismo dijo José II desabotonándose para enseñarle *las insignias reales*.

Como no había *posibilidad*, en la calesa, de ponerse de rodillas, el sargento se confunde en excusas y suplica al emperador que *pare* para poder bajar.

No, no; le dijo José; después de haber comido mi faisán, seríais demasiado dichoso al desembarazaros de mí tan prontamente; comprendo muy bien que debeis acompañarme hasta la puerta de vuestra casa; y el emperador le condujo hasta la puerta del cuartel. (2)

(1) La anécdota en francés resulta más graciosa por el empleo de, *mieux que ça*, que indica mejor que eso y más que eso; al hablar de los grados deberíamos decir: *más que eso*; pero preferimos narrarlo traduciendo: *mejor que eso*.

(2) El sufrimiento del pobre sargento, desde que supo que iba con el emperador, bien valdría una docena de los faisanes más *requete-buenos*.

LECCIÓN II.

EL DUELO

Guardaos de confundir el nombre sagrado del honor con *esa preocupación* feroz, que pone todas las virtudes en la punta de una espada, *propia* solamente para hacer buenos *facinerosos*. En qué consiste esta feroz preocupación? En la opinión más extravagante y más bárbara que jamás *acojó* el espíritu humano: saber que todos los deberes de la sociedad *se suplen* con la bravura; que un hombre no es trapacero, bribón, calumniador; que es civil, humano, cortés cuando sabe batirse; que la mentira *se trueca* en verdad, el robo *en legitimidad*, la perfidia en honradez, y la infidelidad *en alabanza*, con tal que todo esto se sostenga con el *acero* en la mano; que una afrenta *queda* siempre bien reparada *con una estocada*, y que siempre *se tiene razón* con un hombre, con tal que se le mate.

Hay, lo confieso, otro *modo de ventilar estos asuntos*, en el que la gentileza se mezcla *con* la crueldad, *que es*, cuando se baten á primera sangre. ¡A primera sangre, ¡Dios mío! Y que quieres hacer con esa sangre, bestia feróz! ¿La quieres beber?

Los hombres más valientes de la antigüedad ¿pensaron jamás en vengar sus injurias personales con combates particulares? César *retó* á Catón, ni Pompeyo á César por tantas afrentas recíprocas? Y el más gran capitán de Grecia ¿fué deshonorado por haberse dejado amenazar con un bastón?

En otros tiempos otras costumbres, lo sé; pero, *quien se atrevería á inquerir* si las costumbres de un tiempo son las que exige el sólido honor?.... No! Ese honor no es variable, no depende de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones; no puede pasar, ni renacer; tiene su origen eterno en el corazón del hombre justo y en la regla inalterable de sus deberes.

Si los pueblos más *ilustrados*, los más bravos y virtuosos de la tierra, no han conocido el duelo, yo digo que no es una institución del honor; sino una moda horrible y bárbara, digna de su feroz origen, *Falta* saber si cuando se trata de la vi-

da propia ó de la *ajena*, el hombre honrado se arregla con la moda, y si no hay entonces más verdadero valor en *despreciarla* que en seguirla.

LECCIÓN I.

EL DUELO (Continuación)

El hombre recto, cuya vida no tiene tacha, que no dá jamás señal de *vileza*, rehusará manchar su mano con un homicidio, *por lo que será aún más honrado*.

Siempre presto *para* servir á la patria, *para* proteger al débil, *para cumplir* los deberes más peligrosos y *para* defender, en todo encuentro justo y honrado, lo que le es querido al precio de su sangre, pone en sus *diligencias* esa inquebrantable firmeza que no se tiene sin el verdadero valor. *Guiado por* su conciencia, *va* siempre con la cabeza levantada, y ni *rehuye* ni busca á su enemigo. Se vé facilmente que teme menos morir que hacer mal, y que le *espanta* el crimen, pero no el peligro. Si prejuicios viles *se alzan* un instante contra él, *todos* los días de su honrada vida son otros tantos testigos que los recusan; y, en una conducta tan bien *sentada*, se juzga de una acción *por* todas las *demás*.

Los hombres tan sombríos y tan prontos á provocar á *sus semejantes*, son, en su mayoría, unos indecorosos, que, temerosos *de que alguien se atreva* á mostrarles *claramente* el desprecio que se les tiene, se esfuerzan *para ocultar* con algún duelo la infamia de su vida entera.

Hay quien hace un esfuerzo y se presenta una vez, para tener derecho á ocultarse el resto de su vida.

El verdadero valor tiene más constancia y menos diligencia; es siempre lo que debe ser, y no es necesario excitarle, ni retenerle: el hombre de bien le lleva consigo por todas partes; en el combate, contra el enemigo; en un círculo, en favor de los ausentes y de la verdad; en su lecho, contra los ataques del dolor y de la muerte. La fuerza de alma que le inspira, está en uso en todos los tiempos, y pone siempre la virtud *por encima* de los sucesos; *pues sabe que el valor* no consiste en batirse, sino en no temer nada.

LECCIÓN LI.

El alumno de la Escuela Militar

Bajo el reinado de Luis XV un niño de doce años, que acababa de entrar como *bolsista* en una Escuela militar, llamó la atención por su frugalidad, rara en toda edad, y sobre todo en la suya: no comía más que sopa y pan seco, y no bebía más que agua.

El subdirector, *sabiendo* esta coincidencia, le amonestó: No encuentra Vd. bueno lo que se le sirve? le dijo: !Oh! señor! Todo lo que se nos sirve, me parece muy apetitoso, pero no puedo resolverme á comer de ello. El subdirector, no habiendo podido sacar *del alumno* ninguna otra respuesta, *se lo participó* al gobernador de la Escuela. *Este* mandó que se le *presentase* el alumno, y después de haberle *demostrado*, con dulzura, que era necesario evitar toda singularidad y conformarse con los usos de la Escuela, al ver que el niño no se explicaba sobre los motivos de su conducta; se vió obligado á amenazarle *diciéndole* que le expulsaría de la Escuela. Por Dios! señor! dijo entonces el niño: ¿Quiere Vd. saber la causa de mi conducta? Pues bien. Esta es: *Mis padres* y mis hermanos viven en la *mayor necesidad*; no comen más que pan negro y no beben más que agua; y cuando veo todas las cosas buenas que se nos sirven aquí; me acuerdo de la miseria de mis padres, mi corazón se oprime y no puedo comer.

Al acabar estas palabras, el niño, agobiado con este recuerdo, aflijido y vergonzoso por haberse visto precisado á revelar la miseria de sus padres, *fué dominado por los más estrepitosos* sollozos. El gobernador, enternecido, estrechó al niño contra su corazón y *trató* de consolarle.

Amigo mío, le dijo: Su señor padre de Vd. es un antiguo oficial. No tiene pensión? No, señor; hace dos años que la solicita y no ha tenido aún contestación á su *petición*. Querido niño, dijo el gobernador, *mañana mismo* veré al ministro, y os prometo que, antes de ocho dias vuestro señor padre tendrá su pensión. Ahora, comed *con buena gana*, y aceptad, para vuestros pequeños gastos, estos tres *lúises* que os regalo en nombre del rey.

En cuanto á su señor padre, tendré un gran placer en adelantarle el primer trimestre de su pensión. Pero, señor; dijo el niño *fuera de sí* por la alegría, ¿cómo podrá Vd. enviarle ese dinero? No os inquieteis por eso, ya encontraremos los medios. Ah, señor! puesto que Vd. tiene esa facilidad, remítale también los tres luíses que acaba Vd. de darme: aquí todo lo tengo en abundancia; este dinero me sería inútil y hará un gran bien á mi padre para *atender á mis hermanos*.

LECCIÓN LII.

LOS INSECTOS

Echemos una mirada sobre lo que la naturaleza ha creado más débil; sobre esos átomos animados para los que una flor es un mundo y una gota de agua un Océano. Los cuadros más brillantes van á *llenaros* de admiración. El oro, el záfiro, el rubí han sido prodigados á insectos invisibles. Unos *llevan* la frente adornada con penachos, tocan la trompeta y parecen armados para *guerrear*: otros llevan turbantes enriquecidos de *pedrerías* y *vestidos resplandecientes* de azul y púrpura.

Tienen *anteojos de larga vista*, como para descubrir á sus enemigos, y escudos para defenderse de ellos. *Hay otros* que exhalan el perfume de las flores y son creados para el placer.

Se ven otros con alas de gasa, *cascos plateados* y chuzos negros, *como si fuesen de hierro empavonado*, rozar ligeramente las ondas, voltear en las praderas y lanzarse en los aires. *Ejercen* todas las artes, todas las industrias; son un pequeño mundo que tiene sus tejedores, sus albañiles y sus arquitectos. En ellos se reconocen las leyes del equilibrio y las sabias formas de la *Geometría*. Hay, entre ellos, viajeros que van á la *descubierta*, pilotos que sin vela ni brújula vogan sobre una gota de agua, *como si fuesen á conquistar* un nuevo mundo. Quién es el *maestro* que los ilustra, el sabio que los instruye, el héroe que los guía y *domina*? Quién es el Licurgo que ha dictado leyes tan perfectas? Quién el Orfeo que los enseña las reglas de la armonía? Tienen conquistadores que los degüellan y á quien cubren de gloria? Se creen los dueños del universo porque se arrastran *en su superficie*?

LECCIÓN LIII.

LOS INSECTOS (Continuación)

Contemplemos esas pequeñas familias, esos reinos, esas repúblicas, esas hordas parecidas á las de los árabes: Un *mito* (1) va á ocupar ese pensamiento, que calcula la grandeza de los astros, á conmover ese corazón que nada puede *satisfacer*, á *asombrar* esa admiración acostumbrada á los prodijios.

Ved un insecto impuro que, envuelto en un tisú de seda, descansa en una *tienda*; otro se apodera de una burbuja de aire, se *sumerje* en el fondo de las aguas y se pasea en su palacio aéreo. Hay otro que con una concha se forma una gruta flotante y la corona con un tallo de verdura. Una araña tiende, bajo el follaje, redes de oro, de púrpura y de azul, cuyos reflejos semejan á los del arco iris. Pero, qué *antorcha* brillante se *estrende* de repente en medio de esa multitud de átomos animados? *Unas* riquezas se sustituyen incesantemente por *otras*. He ahí insectos á quienes la aurora parece haber prodigado sus más suaves rayos. *Son* antorchas vivientes que *esparce* por las praderas; ved á esa mosca, que luce con una claridad semejante á la de la luna, lleva consigo el faro que debe guiarla. *En el momento* que se lanza en los aires, un gusano se arrastra *por* bajo de ella: *parece* que va á desaparecer en la sombra é *instantáneamente* se reviste de luz como un habitante del cielo; avanza como el hijo de los astros, todo se ilumina, y esos brillantes reflejos, esas llamas celestes, que *resplandecen* en su rededor, iluminan los *tiernos* combates, los éxtasis y los arrobamientos del amor.

LECCIÓN LIV.

EL PAVO REAL

Si el imperio perteneciese á la belleza y no á la fuerza, el pavo real sería *ciertamente* el rey de las aves; no hay ninguna á quien la naturaleza haya prodigado sus tesoros con más

(1) Insecto casi imperceptible; una de las especies se cría en el queso.

profusión: *la talla* grande, el porte imponente, el *andar* arrogante, la figura noble, las proporciones del cuerpo elegantes y esbeltas; todo lo que anuncia un ser de distinción, concurre en él: su cresta móvil y ligera, *matizada* con los más ricos colores, adorna su cabeza y la eleva sin cargarla; su incomparable plumaje parece reunir todo cuanto lisonjea á nuestra VISTA de los coloridos *delicados* y frescos de las más hermosas flores, todos los deslumbradores y *chispeantes* reflejos de las *pedras preciosas*, todo lo más admirable del majestuoso brillo del arco iris. No solamente la naturaleza ha reunido en el plumaje del pavo real todos los colores del cielo y de la tierra, para hacer la obra maestra de su magnificencia, sinó que, además, *los ha* mezclado, surtido, matizado y fundido, con su inimitable pincel, para hacer con ellos un cuadro único, *del que* sacan, de su mezcla y de sus oposiciones entre sí, un nuevo lustre y efectos de luz tan sublimes que, nuestro arte no puede ni imitarlos, ni describirlos.

LECCIÓN LV.

EL PAVO REAL (Continuación)

Tal parece á nuestra *vista* el plumaje del pavo real, cuando se pasea apacible y solo en un hermoso día de primavera: pero si de repente aparece *su hembra*, si las *fogosidades* del amor, uniéndose á las secretas influencias de la estación, le sacan de su reposo *inspirándole* un nuevo *ardor* y nuevos deseos; entonces, todas sus bellezas se multiplican; sus ojos se animan y toman expresión; su cresta se ajita y anuncia la emoción interior; las largas plumas de su cola desplegada, al levantarlas, multiplican sus riquezas deslumbradoras; su cabeza y su cuello, inclinados noblemente hácia atrás, se dibujan con gracia sobre ese fondo *radiante*, donde la luz del sol se *combina* de mil modos, se pierde y se reproduce sin cesar, y parece tomar un nuevo brillo, más *suave* y más *blando*, de nuevos colores, más variados y más armoniosos: cada movimiento del ave produce millares de matices nuevos, *destellos de reflejos* ondulantes y fugitivos, reemplazados sin cesar por otros reflejos y otros matices siempre diversos y siempre admirables. Pero esas plumas brillantes que *sobrepujan* en res-

plandor á los más hermosos colores, como ellos se marchitan y *las pierden* todos los años: el pavo real, *sintiéndose* avergonzado *por tal pérdida*, apenado porque le vean en tan humillante estado, y busca los retiros más sombríos para ocultarse, temeroso de que le vean desplumado hasta que *la nueva primavera, devolviéndole sus galas* acostumbradas, le *trae* á la escena para gozar de los homenajes debidos á su belleza; porque se *cree*, en efecto, que goza de ellos, que es sensible á la admiración y que *para decidirle* á desplegar sus hermosas plumas, no hay más que mirarle con atención y *prodigarle* alabanzas; y, por el contrario, cuando cree que le miran friamente y sin *grán* interés, repliega todos sus tesoros y los oculta á quien no sabe admirarlos.

LECCIÓN LVI.

Armonías de la Naturaleza, (B. de San Pedro)

Sed mis guías, hijas del cielo y de la tierra, ¡divinas armonías! Vosotras sois quien reunís y dividís los elementos, vosotras formáis todos los seres que vejetan y que respiran.

La naturaleza ha *puesto* en vuestras manos la doble antorcha de la existencia y de la muerte. Una de las extremidades *arde* con las llamas del amor y la otra con las de la guerra. Con el fuego del amor tocais la materia y haceis nacer la roca y sus fuentes, el árbol y sus frutos, las aves y sus pequeñuelos; *todo lo reunís en admirable consorcio*. Con el fuego de la guerra encendeis la misma materia, y de ella salen el halcon, la tempestad y el volcan que *entregan* al ave, al árbol y á la roca á los elementos. *Alternativamente* dais la vida y la quitais; no por el placer de *destruir*, sinó por el placer de crear *continuamente*.

Si no hiciéseis morir, nada podría renacer. Sin *vosotras* todo *yacería* en un eterno reposo; pero por doquier llevais vuestra doble antorcha; vosotras vivificais los dulces contrastes de los colores, de las formas y de los movimientos. Los amores os preceden y las generaciones os siguen.

Siempre vigilantes, *apareceis* antes que el astro del día y no desapareceis con el de las noches. Obrais sin cesar en el seno de la tierra, en el fondo de los mares y en el alto de los

aires. *Cerniéndoo*s en las regiones del cielo, rodeais *este* globo con vuestras danzas eternas, estendeis vuestros círculos infinitos de horizontes en horizontes, de esferas en esferas, de constelaciones en constelaciones; y, *arrobadas* de admiración y de amor, atais las innumerables cadenas de los seres al trono *del Creador*.

Oh! hijas de la sabiduría eterna! armonías de la naturaleza! Todos los hombres son vuestros hijos; vosotras los *convivais*, por sus necesidades, á los goces; por su diversidad, á la unión; por su debilidad, al imperio. Los hombres son los únicos, de todos los seres, que gozan de vuestros trabajos y los únicos que los imitan; no son sábios más que de vuestra ciencia, no son prudentes más que de vuestra prudencia y no son religiosos más que por vuestras inspiraciones.

Sin vosotras, no hay belleza en los cuerpos, inteligencia en los *espíritus*, dicha en la tierra y esperanza en el cielo.

LECCIÓN LVII.

EL TIBURÓN (por Lacépède)

Este formidable escualo alcanza hasta una longitud de más de diez metros; y pesa algunas veces cerca de cincuenta miriágramos; pues casi se ha probado que se debe tener como exagerada la aserción de los que han dicho que se había pescado un tiburón que pesaba más de ciento noventa miriágramos (1.900 kilogramos; proximamente 170 arrobas).

Pero la corpulencia no es su único atributo; está dotado de fuerzas y de armas mortíferas; es tan feróz como voráz; impetuoso en sus movimientos, ávido de sangre, insaciable de presa; es el verdadero tigre del mar.

Busca sin temor á cualquier enemigo; persigue con más obstinación, ataca con más rabia, combate con más encarnizamiento que los demás habitantes de las aguas; y es más peligroso que varios cetáceos, que casi siempre son menos poderosos que él: inspira hasta más espanto que las ballenas, quienes, peor armadas y dotadas de apetitos muy diferentes, no provocan casi nunca ni al hombre, ni á los grandes animales; el tiburón, rápido en su carrera y extendido por todos los climas,

ha invadido, por decirlo así, todos los mares; aparece frecuentemente en medio de las tempestades; se le apercibe fácilmente por el resplandor fosfórico con que brilla en medio de las sombras de las noches más borrascosas; amenazando con su enorme y devoradora boca á los infortunados *navegantes*, expuestos á los horrores del naufragio, cerrándolos todavía de salvación, enseñándolos, de cierto modo, su tumba abierta y *mostrándolos á la vista*, la señal de la destrucción.

No es sorprendente que haya recibido el nombre siniestro que lleva; y que, despertando tantas ideas lúgubres, recuerde, sobre todo, la muerte, de la cual es el ministro.

Requin es, en efecto, una corrupción de *requiem* que designa en Europa, hace mucho tiempo, la muerte y el reposo eterno, y ha debido ser á menudo, para los pasajeros *llenos de espanto*, la expresión de su consternación á la vista de un tiburón de más de treinta pies de longitud, y de las víctimas desgarradas ó ensangrentadas por este tirano de los *mares*.

El tiburón apresado y *sujeto* con cadenas, es aún terrible; *se revuelve* con violencia en medio de sus ligaduras, conservando un gran poder; aún cuando herido y bañado en su sangre, puede con un solo coletazo estender la destrucción en su rededor, en el instante próximo á expirar; ¿*no es* el más formidable de todos los animales á quienes la naturaleza no ha provisto de armas envenenadas? El tigre más furioso, en medio de las abrasadoras arenas; el cocodrilo más fuerte, en las riberas equatoriales; la más gigantesca serpiente, en las soledades africanas, ¿*producen* tanto espanto como un enorme tiburón en medio de las olas agitadas?

LECCIÓN LVIII.

EL MONO (por Fénelon)

Habiendo muerto un maligno y viejo mono, su *alma* bajó á la lúgubre morada de Plutón, y, le pidió *que le volviese á la vida*. Plutón quería darle la vida en el cuerpo de un asno pesado y estúpido, para quitarle su flexibilidad, su vivacidad y su malicia. Pero la sombra del mono hizo tantos *juegos* agradables y jocosos que, el inflexible rey de los infiernos no pudo

por menos de reir y le concedió la elección con una condición.

Entonces la *sombra* pidió volver á la vida en el cuerpo de un papagayo. Al menos, se decia á sí mismo, de este modo conservaré alguna semejanza con los hombres, á quienes he imitado mucho tiempo. Cuando era mono, hacía gestos como ellos, y siendo lorito hablaré con ellos en las más agradables conversaciones.

A penas el *alma* del mono tomó posesión de este nuevo oficio, una mujer vieja y *charlatana* le compró.

Le metió en una hermosa jaula, é hizo sus delicias. Comía bien y todo el día charlaba con la vieja chocha, la cual no hablaba más cuerdamente que el papagayo. Este unió á sus nuevas *disposiciones* de aturdir á todo el mundo, un yo no sé qué de su antigua profesión. Removía la cabeza ridiculamente, hacía crujir el pico, agitaba las alas de cien modos y hacía con sus patas varios jiros que demostraban aún las muecas de Fagotin (del mono).

La vieja *se calaba* continuamente las gafas para admirarle; y tenía una gran pena porque era un poco sorda, y porque algunas veces perdía palabras de su papagayo, á quien ella concedía más talento que á nadie.

Este maleante *lorito* llegó á ser hablador, importuno y loco. Tanto se atormentó en la jaula y bebió tanto vino con la vieja que de resultas murió.

Ya le tenemos otra vez delante de Pluton: esta vez quería que fuese á habitar en el cuerpo de un pescado, para hacerle mudo.

Pero hizo tantas *bufonadas* ante el rey de las *sombras*, y como los príncipes no resisten mucho á las pretensiones de los *farsantes* que los adulan, Pluton concedió al mono que fuese á morar en el cuerpo de un hombre; pero como el dios de los infirnos se avergonzó *que podría entrar en el cuerpo* de un hombre sábio y virtuoso, le destinó al cuerpo de un arengador enojoso é importuno, embustero, jactancioso, que hacía gestos ridículos, se mofaba de todo el mundo, interrumpia las conversaciones más *sensatas* y más sólidas para no decir nada, ó decir las necedades más groseras.

Mercurio que le reconoció en este nuevo estado, le dijo, riendo: Ah...! Ah...! Te reconozco; tu no eres más que un compuesto de mono y de lorito á quien he visto otras veces. Quien

te quitase tus gestos y tus palabras aprendidas de memoria y sin juicio, no dejaría nada de tí. De un lindo mono y de un buen pápagayo no se puede formar más que un hombre necio.

LECCIÓN LIX.

Una hermosa noche en los desiertos del Nuevo Mundo

(por Chateaubriand)

Una hora después de la puesta del sol, la luna se mostró por encima de los árboles; en el horizonte opuesto, una brisa *impregnada de los bálsamos* de Oriente, parecía precederla, como su fresco aliento, en los bosques. La reina de la noche ascendió poco á poco al cielo: tan pronto seguía apaciblemente su curso azulado, como reposaba en las grupas de las nubes, semejantes á las cimas de las altas montañas coronadas de nieve. Estas nubes, plegando y desplegando sus velos, se desarrollaban en zonas diáfanas de raso blanco, se dispersaban en ligeros copos de espuma, ó formaban en los cielos *gigantescos copos de brillante blancura*, tan suaves á la vista, que parecía sentirse su blandura y su elasticidad.

La escena en la tierra no era menos arrebatadora: la luz azulada y *suave* de la luna descendía por entre los árboles é internaba sus destellos de luz hasta *lo más* recóndito de las más profundas tinieblas. El rio que se deslizaba á mis pies, unas veces se perdía en los bosques, otras reaparecía brillante con las constelaciones de la noche, reflejadas en su seno.

En una vasta pradera, del otro lado de este rio, la claridad de la luna dormía sin movimiento sobre los céspedes.

Los abedules movidos por las brisas, y dispersos por una y otra parte del páramo, formaban islas de sombras flotantes sobre una mar inmóvil de luz. Cerca de allí, todo era silencio y reposo, escepto la caída de algunas hojas, el paso brusco de alguna repentina ráfaga de viento, ó los gemidos raros é interrumpidos del mochuelo; pero á lo lejos, y por intervalos se oía el ruido que producían las majestuosas corrientes de la catarata del Niágara; que, en la calma de la noche, se prolongaban de desierto en desierto, y expiraban al traves de los bosques solitarios.

La grandeza, la admirable melancolía de aquel cuadro no podrían expresarse en lenguas humanas; las más hermosas noches en Europa no pueden darnos una idea *de tanta belleza*.

En vano, en nuestros campos cultivados, la imaginación intenta estenderse; por todas partes encuentra las moradas de los hombres; pero, en aquellos países desiertos el alma se complace en sumergirse en un océano de bosques, en errar por las orillas de los lagos inmensos, en cernerse sobre los abismos de las cataratas, y, por decirlo así, en encontrarse sola delante de Dios.

LECCIÓN LX.

LA ITALIA Y SUS POETAS

Improvisación de Corina en el Capitolio

(Tomo 1.º Capítulo 3.º)

Italia, imperio del sol; Italia, soberana del mundo, cuna de las letras! yo te saludo. Cuantas veces la raza humana se te sometió, tributaria de tus armas, de tus bellas artes y de tu cielo! Un dios abandonó el Olimpo para refugiarse en Ausonia, el aspecto *de aquel país* hizo soñar las virtudes de la edad de oro; y, el hombre apareció allí demasiado feliz para *suponerle culpable*.

Roma conquistó el universo con su génio, y fué reina por la libertad. El carácter romano se imprimió en el mundo, y la invasión de los bárbaros, al destruir la Italia, obscureció el universo entero.

La Italia reapareció con los divinos tesoros que los griegos fugitivos trageron en su seno; el cielo la reveló sus leyes, la audacia de sus hijos descubrió un nuevo hemisferio, y, fué además reina, con el cetro del pensamiento; pero aquel cetro de laureles no hizo más que ingratos.

La imaginación la devolvió el universo que había perdido. Los pintores y los poetas crearon para ella una tierra, un Olimpo, infiernos y cielos; y el *ardor* que la anima, mejor guardado por su genio que por el dios de los paganos, no encontró en Europa un Promoteo que le *arreatase*.

¿Porqué estoy en el Capitolio? Porqué mi humilde frente va á recibir la corona que Petrarca ha llevado y que permanece suspendida del ciprés funerario del Taso? porqué..... si no amaseis bastante la gloria ¡Oh, conciudadanos míos! para recompensar su culto, tanto como sus éxitos!

Pues, bien; Si amais esa gloria, que demasiado frecuente elige sus víctimas entre los vencedores que ha coronado, pensad con orgullo, en esos siglos que vieron el renacimiento de las Artes. El Dante, el Homero de los tiempos modernos, poeta sagrado de nuestros misterios religiosos, héroe del pensamiento, sumergió su génio en el Stix para abordar al infierno, y su alma fué profunda como los abismos que ha descripto.

LECCIÓN LXI.

LA ITALIA Y SUS POETAS (Continuación)

La Italia en tiempo de su poderío, revive entera en el Dante.

Animado por el espíritu de las repúblicas, tan guerrero como poeta, el Dante *enciende la llama de las acciones* entre los muertos, y sus sombras tienen *más vigorosa vida* que los vivos de hoy. Los recuerdos del mundo los persiguen aún; sus pasiones sin fin se *aferran* á su corazón; se *revuelven* en el pasado, pareciéndoles aún menos irrevocable que su eterno porvenir.

Se diría que el Dante, desterrado de su país, transportó á las regiones imaginarias las penas que le devoraban.

Sus sombras piden continuamente noticias de la existencia, como el mismo poeta las pide de su patria, y el infierno se le representa *con los colores del destierro*.

Todo á su vista se reviste con el traje de Florencia. Los *antiguos* muertos á quienes evoca, parecen renacer tan toscanos como él; no son los límites de su inteligencia, es la fuerza de su alma quien hace entrar al universo en el círculo de su pensamiento.

Un encadenamiento misterioso de círculos y de esferas, le conduce del Infierno al Purgatorio, del Purgatorio al Paraíso; historiador fiel de su visión, inunda de *luz* las regiones más

obscuras, y el mundo que crea, en su triple poema, es completo, animado, brillando como un planeta *recien* descubierto en el firmamento.

A su voz, todo sobre la tierra se cambia en poesía; los objetos, las ideas, las leyes, los fenómenos parecen un nuevo Olimpo de nuevas divinidades; pero esta mitología de la imaginación, se anonada, como el paganismo al aspecto del Paraíso, de ese océano de luces *resplandeciente* de rayos y de estrellas, de virtudes y de amor. Las mágicas palabras de nuestro *más grande poeta* son el prisma del universo; todas sus maravillas allí se reflejan, se dividen y se recomponen; los sonidos imitan á los colores, los colores se funden en armonía, la rima, sonora ó bizarra, rápida ó prolongada, está inspirada por esa adivinación poética, belleza suprema del arte, triunfo del genio que descubre en la naturaleza todos los secretos en relación con el corazón del hombre.

El Dante esperaba de su poema el fin de su destierro; contaba con la fama por mediador; pero murió demasiado pronto para recoger las palmas de la patria. A menudo la vida pasajera del hombre se gasta en los reveses; y, si la gloria triunfa, si llega, en fin, á abordar á una playa más dichosa, la tumba se abre detrás del puerto, y el destino en mil formas anuncia frecuentemente el fin de la vida con la vuelta de la dicha.

LECCIÓN LXII.

LA ITALIA Y SUS POETAS (Continuación)

De este modo el Taso infortunado, (á quien vuestros homenajes ¡Romanos! debía consolar de tantas injusticias) bello, sensible, caballeresco, soñando las hazañas, sintiendo el amor que cantaba, se aproximó á estos muros, como sus héroes á Jerusalem, con respeto y reconocimiento. Pero la víspera del día elegido para coronarle, la muerte le reclamó para su terrible fiesta: el Cielo está celoso de la tierra y se lleva á sus favoritos de *las riberas engañosas del tiempo*.

En un siglo más orgulloso y más libre que el del Taso, Petrarca fué también, como el Dante, el poeta valeroso de la independencia italiana. *Sin embargo*, no se conoce de él más que

sus amores; en el Taso recuerdos más severos honran para siempre su nombre; y la patria le inspiró mejor que la misma Laura.

Reanimó la antigüedad con sus vigiliass, y, lejos de que su imaginación pusiese obstáculo á los más profundos estudios; ese poder creador, al someterle el porvenir, le reveló los secretos de los siglos pasados. Se *convenció* de que *el conocer* sirve mucho para inventar, y su genio fué tanto más original, que, semejante á las fuerzas eternas, supo estar presente en todos los tiempos.

Nuestro aire sereno, nuestro risueño clima inspiraron al Ariosto. Este fué el arco iris que apareció, después de nuestras largas guerras, brillante y variado como ese mensajero del buen tiempo; parece *burlarse* familiarmente con la vida, y su alegría ligera y dulce es la sonrisa de la naturaleza y nó la ironía del hombre.

Miguel-Angel, Rafael, Galileo y vosotros, intrépidos viajeros, ávidos de nuevas comarcas, *seres á quien* la naturaleza no pudiese ofrecer nada más bello que vuestra persona, juntad también vuestra gloria á la de los poetas! Artistas, sábios, filósofos, vosotros sois como ellos hijos de este sol, que alternativamente desenvuelve la imaginación, anima el pensamiento, excita el valor, adormece en la dicha y parece prometerlo todo ó hacerlo olvidar todo.

LECCIÓN LXIII.

Paso de los Alpes por Francisco I.

Parten; un destacamento se queda y se hace ver sobre el monte Cenis y sobre el monte Genèbre, para llamar la atención de los suizos y hacerlos temer un ataque. El resto de la armada vadea el Durance y *se introduce* en las montañas, del lado de *Gillestre*; tres mil *peones* la preceden. El hierro y el fuego abren un camino peligroso y difícil á través de las rocas; se *allanaron* profundidades inmensas con ramas y gruesos árboles; se edificaron puentes de comunicación; se *llevó*, á fuerza de hombros y de brazos, la artillería por algunos sitios inaccesibles á las bestias de carga; los soldados ayudan á los peones, los oficiales ayudan á los soldados; todos indistinta-

mente manejan la azada y el hacha, empujan las ruedas ó tiran de las cuerdas. Trepan por las montañas, se hacen esfuerzos sobrehumanos, se desafía la muerte, que parece abrir mil tumbas en aquellos valles profundos que el *Argentier* riega, y donde torrentes de hielo y de nieve, derritida por el sol, se precipitan con estrépito espantoso. Apenas se atreven á mirar desde la cima de las rocas, sobre las que marchan inciertos por senderos estrechos, resvaladizos y escabrosos, donde cada paso en falso *lleva consigo* una caída, y frecuentemente se vé rodar al fondo de los abismos á los hombres y á las bestias con toda su carga. El ruido de los torrentes, los gritos de los moribundos, los relinchidos de los caballos fatigados y espantados se repetían horriblemente por todos los ecos de los bosques y de las montañas y venían á redoblar el terror y el tumulto.

Por fin se llegó á una última montaña, donde se vió con dolor tantos trabajos y tantos esfuerzos prestos á fracasar. *Los zapadores minadores* habían derribado y cortado todas las rocas adonde habían podido llegar; pero ¿qué importaban todas al lado de una sola roca viva, escarpada por todos los lados, impenetrable al hierro y casi inaccesible? *Navarre*, la había sondeado varias veces y empezaba á desesperar del éxito; investigaciones más afortunadas le descubrieron una *veta más blanda* que siguió con la última precisión; la roca fué cortada por el medio y la armada, introducida al cabo de ocho días en el marquesado de Saluces, admiró lo que pueden la industria, la audacia y la perseverancia.

LECCIÓN LXIV.

El Palacio de la Fama

En las extremidades del mundo, bajo el polo en que el intrépido Cook midió la circunferencia, á través de los vientos y de las tempestades, en medio de las tierras australes ocultas á la curiosidad de los hombres por barrera de hielo, se eleva una montaña que sobrepasa en altura á las cumbres más elevadas de los Andes en el Nuevo-Mundo, ó del Thibet en la antigua Asia. Sobre aquella montaña está edificado un palacio, obra de los poderes infernales. Este palacio tiene mil pórticos

de bronce; los más insignificantes ruidos vienen á *resonar* en las bóvedas de este edificio, *de cuyo dintel jamás traspasó el silencio*.

En el centro del monumento hay una bóveda vuelta en espiral como una concha, y hace de modo que todos los sonidos que penetran en el palacio *converjan* á ella; más, por un efecto del genio del *arquitecto de las mentiras*, la mayor parte de los sonidos se encuentran falsamente reproducidos; á menudo un ligero rumor se *abulta* y atruena al entrar por la vía preparada para los estrépitos del trueno; mientras que el *estampido* del rayo expira al pasar por las vías sinuosas destinadas á los débiles ruidos.

Allí es donde con el *oído* colocado en la abertura de aquel inmenso eco, está sentado, en un trono retumbante, un demonio: la Fama. Esta potencia, hija de Satanás y del Orgullo, nació, en otros tiempos, para anunciar el mal. Antes del día en que Lucifer levantó el estandarte contra el Todopoderoso, la Fama era desconocida. Si un mundo viniese á animarse ó á extinguirse, si el Eterno había sacado un Universo de la nada, ó sumergido una de sus obras en el caos, si había *puesto* un sol en el espacio, creado un nuevo orden de serafines, ensayado la bondad de una luz; todas estas cosas eran en seguida conocidas en el Cielo por un sentimiento íntimo de admiración y de amor: por el cántico misterioso de la celeste Jerusalem. Pero después de la rebelión de los ángeles malos, la Fama usurpó el puesto de esta invención divina.

Precipitada bien pronto á los infiernos, ella fué quien, en el abismo, publicó el *movimiento* de nuestro globo y quien *indujo* al enemigo de Dios á tentar la *perdición* del hombre. Ella vino á la tierra con la Muerte, y desde aquel momento estableció su morada en la montaña, donde oye y repite confusamente lo que pasa en la Tierra, en los Infiernos y en los *cielos*.

LECCIÓN LXV.

LOS GÉNIOS (Viaje de Anacarsis)

Al llegar el momento de partir, senti que mi alma se desprendía de las ligaduras que la ataban al cuerpo, y me en-

contré en medio de un nuevo mundo de sustancias animadas, buenas ó maléficas, alegres ó tristes, prudentes ó aturdidas; las seguimos durante algun tiempo y creí reconocer que dirijian los intereses de los Estados y de los particulares, las investigaciones de los sábios y las opiniones de la multitud.

Muy pronto una mujer gigantesca estendió sus *cabellos* negros bajo la bóveda de los cielos; descendió lentamente á la tierra y dió sus órdenes al cortejo que la acompañaba. Nosotros nos *deslizamos* en varias casas; el Sueño y sus ministros allí prodigaban las adormideras á manos llenas; y, mientras que el Silencio y la Paz se sentaban *suavemente* cerca del hombre virtuoso, los Remordimientos y los Spectros horriblos sacudían con violencia el lecho del malvado. Plutón escribía lo que le dictaba el genio de Homero, y agradables Sueños *revoloteaban* en rededor de la joven Lycoris.

La Aurora y las Horas abren las barreras del día, me dijo mi conductor, es tiempo de elevarnos á los aires.

Ved los genios tutelares de Atenas, de Corinto, de Lacedemonia cernerse circularmente sobre esas ciudades; ellos *desvían*, cuanto les es posible, los males que las amenazan.

Sin embargo sus campos van á ser desvastados, porque los genios del mediodía envueltos en nubes sombrías, avanzan re-tumbando contra los del norte. Las guerras son tan frecuentes en estas regiones como en las vuestras, y el combate de los Titanes y de los Tifones no fué más que el de dos familias de genios.

Observad ahora á esos apresurados agentes, quienes con un vuelo tan rápido é inquieto como el de la golondrina, rasan la tierra y *echan* por todas partes miradas ávidas y penetrantes: esos son los inspectores de las cosas humanas; unos *esparcen* sus dulces influencias sobre los mortales que protejen; otros desatan contra los perversos á la implacable Némesis. Mirad esos mediadores, esos intérpretes que suben y bajan sin cesar; llevan á los dioses vuestros votos y vuestras ofrendas; os traen los sueños dichosos ó funestos y los secretos del porvenir, que en seguida os serán revelados por boca de los oráculos.

LECCIÓN LXVI.

LOS GÉNIOS (Continuación)

Oh! protector mio! exclamé de repente, he ahí seres cuya estatura y siniestro parecer inspiran terror; vienen hácia nosotros. «Huyamos! me dijo: son desgraciados; la dicha de los demás les irrita y no *perdonan* más que á los que pasan la vida en los sufrimientos y las lágrimas. (jimiendo y llorando).

Escapamos á su furor, pero encontramos otros objetos no menos *tristes*. Atéa, la detestable Atéa, origen eterno de las *Disensiones* que atormentan á los hombres, marchaba arrogantemente por encima de su cabeza y *filtraba* en su corazón el ultrage y la venganza.

Con paso tímido y los ojos bajos, las Súplicas se arrastraban sobre sus huellas y trataban de *hacer dominar* á la Calma allí donde la Discordia acababa de mostrarse. La Gloria era perseguida por la Envidia y esta se desgarraba *el seno á sí misma*. La Verdad era perseguida por la Impostura y esta á cada instante cambiaba de *careta*; cada virtud era perseguida por varios vicios que llevaban redes ó puñales.

De repente apareció la Fortuna; la felicité por los dones que distribuía á los mortales. Yo no doy, me dijo con tono severo, presto á gran usura. Al proferir estas palabras, empapaba las flores y las frutas que tenía en una mano, en una copa envenenada que tenía en la otra. Entonces pasaron cerca de nosotros dos poderosas divinidades, quienes dejaron tras sí *largos surcos de luz*. Son el impetuoso Marte y Minerva, me dijo mi conductor. Dos armadas se aproximan en la Beotia; la diosa va á colocarse al lado de Espaminondas, jefe de los Tebanos, y el dios corre á reunirse con los Lacedemonios, que serán los vencidos; porque la sabiduría debe triunfar del valor.

Ved al mismo tiempo precipitarse sobre la tierra á esa pareja de genios; el uno bueno, el otro malo; deben apoderarse de un niño que acaba de nacer; le acompañarán hasta la tumba. En este primer momento, intentarán á porfía dotarle de todas las ventajas ó de todas las deformidades del corazón y de la inteligencia; y en el curso de su vida *le conducirán*

al bien ó al mal, siguiendo la influencia que prevalezca del uno sobre la del otro.

Yo esperaba entrever al Soberano del universo, rodeado de los asistentes de su trono, de esos seres puros que nuestros filósofos llaman *sombras*, ideas eternas, genios inmortales. Él habita lugares inaccesibles á los mortales, me dijo el genio: ofrecedle vuestro homenaje y bajemos á la tierra.

LECCIÓN LXVII.

EXISTENCIA DE DIOS (Massillon)

¿Hay necesidad de nuevas investigaciones y de penosas especulaciones para conocer lo que es Dios? No tenemos más que levantar la vista y vemos la inmensidad de los cielos que es obra de sus manos, esos grandes cuerpos de luz que giran tan regular y magestuosamente sobre nuestras cabezas; y, al lado de los cuales la tierra no es más que un átomo imperceptible ¡Qué magnificencia! Quién ha dicho al sol, «Sal de la nada y preside al día? Y á la luna: Aparece y sé la antorcha de la noche? Quién ha dado el ser y el nombre á esa multitud de estrellas que, con tanto esplendor, decoran el firmamento, y que son otros tantos soles inmensos, agregados cada uno á una especie de mundo nuevo, al que iluminan? Quién es el *artífice* cuyo poder infinito ha podido operar estas maravillas, en las que todo el orgullo de la razón deslumbrada se pierde y se confunde? ¿Quién más que el Soberano Creador del Universo podría haberlas operado? *Podrían haber salido* de sí mismas, del seno de la casualidad y de la nada? Y, será tal la desesperación del impío para atribuir á lo *que no es* un poder que se atreve á rehusar al que es esencialmente, y por quien todo ha sido hecho?

Los pueblos más ignorantes y más bárbaros oyen el lenguaje de los Cielos. Dios los ha colocado sobre nuestras cabezas, como heraldos celestes que no cesan de anunciar á todo el universo su Grandeza: Su silencio majestuoso habla el lenguaje de todos los hombres y de todas las naciones; es una voz que se oye *por dó quier* la tierra alimenta habitantes. Que se recorra, hasta las más remotas extremidades de la tierra y las más desiertas; ningun parage en el Universo, por muy

oculto que esté al resto de los demás hombres, no puede sustraerse á la ostentación de ese poder que brilla por encima de nosotros en los globos luminosos que *decoran* el firmamento.

He ahí el primer libro que Dios ha mostrado á los hombres para enseñarles lo que era; ahí es donde primeramente estudiaron *lo que Dios quería* manifestarlos de sus perfecciones infinitas; á la vista de esos grandiosos objetos, es donde sobrecogidos de admiración y de un temor respetuoso, se prosternaron para adorar al autor Todopoderoso.

No les hacia falta profetas para hacerlos comprender lo que debían á la Majestad Suprema; la estructura admirable de los cielos y del universo se lo enseñaba suficientemente; dejaron esa religión sencilla y pura á sus hijos; pero tan precioso depósito se corrompió en sus manos. A fuerza de admirar la belleza y el resplandor de las obras de Dios, las tomaron por Dios mismo: los astros que no aparecían más que para anunciar su gloria á los hombres, se convirtieron en sus divinidades. ¡Insensatos! ofrecieron votos y homenajes al sol y á la luna, y á toda la *milicia* del cielo, que no podían oírlos ni recibirlos.

La belleza de esas obras, hizo olvidar á los hombres lo que debían á su Autor.

LECCIÓN LXVIII.

EL CUERPO Y EL ESPÍRITU (La Romiguière)

Los seres que una voluntad Todopoderosa hizo salir de la nada, forman como dos mundos opuestos en un solo universo «*el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus.*»

El uno se ignora, el otro se conoce; el uno está sometido á leyes que le son impuestas y que no puede infringir; el otro se impone á sí mismo leyes, y se rige por voluntades libres.

La tierra que habitamos, los astros que nos iluminan, fueron recibidos en el inmenso seno de una extensión *infinita*. Los destinos de los espíritus, por el contrario, se cumplen fuera de todas las estensiones y de todos los espacios. Sin embargo nada está aislado; todo se une *por conexión, todo se sostiene.* La mirada de las inteligencias, penetra en las profundidades

del espacio, admira las maravillas *de esas profundidades* y se eleva hasta el Que ordenó *que fuesen*.

¿Qué hubiese sido el universo privado de todo testigo? Tantas bellezas, tanta magnificencia, deberían ser eternamente ignoradas? Y si todas las criaturas hubiesen sido insensibles, á quién los cielos hubieren contado la gloria de su Autor?

Aún cuando, el universo le aplastase, el hombre, dice Pascal, sería aún más noble que lo que le mata, porque sabe que muere y la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo no sabe cuando morirá.

La dignidad del sentimiento que respira ese pensamiento, la manera sublime como está expuesto, deberían hacer callar á todas las críticas. ¡Cómo se ha podido decir que la razón estaba herida por su aproximamiento entre *tan* infinita grandeza y *tan* infinita pequeñez! La razón dice imperiosamente que el que muere (más quien sabe que muere) pertenece á un orden más elevado que el ser que existe sin conocer su existencia; así fuese el uno un átomo y el otro un mundo entero y *aunque el uno no viva* más que un instante y el otro *dure siempre*. La razón dice que, después de la virtud, el saber es el origen y la medida de toda nobleza, y que el más inteligente de los seres, es también el más noble.

Esto es, pues, porque piensa, conoce y se conoce por lo que el hombre *tiene el primer rango*: Por su cuerpo era sin duda una de las obras más admirables de la Divinidad; y por su inteligencia ha llegado á ser su imágen.

LECCIÓN LXIX.

EL EVANGELIO (por J. J. Rousseau)

La majestad de las escrituras me admira; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa. ¡Qué pequeños son al lado de aquel!

¿Puede concebirse que un libro tan sublime, y á la vez tan sencillo, sea la obra de los hombres? ¿Se puede creer que *aquel* de quien hace la historia, no sea más que un hombre? Aquel tono es el de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dul

zura! ¡Qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia conmovedora en sus instrucciones! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de ánimo! ¡Qué finura y que precisión en sus respuestas, y qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre? dónde el sábio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentación? Cuando Platón describe su *justo imaginario*, cubierto con todo el oprobio del crimen, y digno de todas las recompensas de la virtud, describe rasgo por rasgo á Jesucristo; la semejanza es tan *asombrosa*, que todos los *Padres* la han sentido y no es posible equivocarse.

¿Qué preocupaciones, qué cegamiento es preciso tener para atreverse á comparar al hijo de Sofronisca con el hijo de María? ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo facilmente su *personaje* hasta el fin; y si esa fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudaría si Sócrates, con todo su talento, fué otra cosa que un sofista. Se dice que inventó la moral; antes que él otros la habían puesto en práctica; Sócrates no hizo más que decir lo que los otros habían hecho; no hizo más que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo antes que Sócrates hubiese dicho lo que era la justicia; Leónidas había muerto por su país antes que Sócrates hubiese hecho un deber *el amor á la patria*. Sparta era sóbrio, antes de que Sócrates hubiese elogiado la sobriedad; y, antes que alabó á la virtud, en la Grecia abundaban los hombres virtuosos.

Pero, dónde Jesucristo había tomado, entre los suyos, esa moral elevada y pura, de la cual Él solo ha dado lecciones y ejemplo? Del seno del más furioso fanatismo, la más alta sabiduría se hizo oír, y la sencillez de las más heróicas virtudes, honró al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que se puede desear; la de Jesús expirando en los tormentos, injuriado, ridiculizado, maldecido por todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, al tomar la copa envenenada, bendice al que llorando se la presenta; Jesús en medio de un afrentoso suplicio, ruega por sus encarnizados verdugos. Si! si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios.

LECCIÓN LXX.

DICHA DE LA OBSCURIDAD

Dichoso hoy el que, en lugar de recorrer el mundo, vive lejos de los hombres! Dichoso el que no conoce nada más allá de su horizonte y para el que el pueblo vecino mismo es tierra extranjera! No ha dejado su corazón á objetos amados que volverá á ver, ni su reputación á la discreción de los malos. Cree que la inocencia habita en las ciudades, el honor en los palacios y la virtud en los templos. Pone su gloria y su religión á hacer dichoso lo que le rodea.

Si en sus jardines no vé los frutos del Asia, ni las sombras de América, cultiva plantas que hacen la alegría de su mujer y de sus hijos. No tiene necesidad de monumentos *arquitectónicos* para ennoblecer su paisaje. Un árbol, á cuya sombra reposa un hombre virtuoso, le da sublimes recuerdos; el álamo en el bosque le recuerda los combates de Hércules, y el follaje de las encinas, las coronas del Capitolio.

El cultivo de los trigos le presenta otros muchos conciertos agradables con la vida humana; en su sombra conoce las horas del día, en su crecimiento las rápidas estaciones y solo cuenta sus fugitivos años por sus *sencillas* cosechas. No teme, como en las ciudades, la *infedilidad de su esposa*, ni que su posteridad sea demasiado numerosa. Sus trabajos *son siempre bien pagados* por los beneficios de la naturaleza. Así que el sol está en el signo de *Virgen*, reúne su familia, invita á sus vecinos y desde la aurora, con la hoz en la mano, entra con ellos en sus trigos maduros. Su corazón palpita de alegría al ver como se acumulan gavillas y, á sus hijos bailar en rededor, coronados de lirios y amapolas; sus juegos le recuerdan los de su primera edad y la memoria de sus virtuosos antepasados á quienes un día espera volver á ver en un mundo más dichoso.

No duda que haya un Dios á la vista de sus mieses, y en las dulces épocas que traen consigo su recuerdo, *Le da gracias* por haber unido la sociedad pasagera de los hombres con una cadena eterna de beneficios.

Prados floridos, majestuosas y murmurantes forestas, fuen-

tes espumosas, rocas áridas, frecuentadas por la única paloma, gratas soledades que nos maravillais con inefables conciertos! Dichoso quien pueda levantar el velo que cubre vuestros secretos encantos; pero, más dichoso aún quien puede disfrutarlos en paz en el patrimonio de sus padres.



